
BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
EL DIABOLICO DOCTOR KELL
CLARK CARRADOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

231 — El Duque de la Muerte Negra, *Burton Hare*.
232 — La rebelión de los espectros, *Kelltom McIntire*.
233 — La muerte regaló cinco llaves, *Ada Coretti*.
234 — Súplicas en la cripta, *Ralph Barby*.
235 — Reto a Satanás, *Kelltom McIntire*.

CLARK CARRADOS

EL DIABOLICO DOCTOR KELL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 236
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 26.206 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: setiembre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Hacía calor aquella noche, cuando la pareja se detuvo al pie de una alta tapia que contorneaba un parque de notable extensión. El hombre examinó la tapia críticamente y luego, aprensivo, se volvió hacia la mujer.

—¿No habrá canes? —preguntó.

—No. A él no le gustan los perros. Prefiere... otros animales.

—¿Qué clase de animales?

—¿Y eso qué importa ahora? ¿Entramos o no?

Happ Wolley consultó la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

—Un poco pronto, ¿no te parece?

—Aquí no podemos estar —objetó Daisy Tynn—. El camino está demasiado cerca y, a veces, pasan coches. Lo mejor será que aguardemos al otro lado de la tapia. Vamos, ayúdame...

Wolley se inclinó, para que Daisy pusiera un pie en sus manos unidas. Luego empujó hacia arriba. Después, empujó más todavía, con ambas manos en las posaderas de la joven.

—¡Cómo te aprovechas, bandido! —rió ella, mientras se ponía a caballo sobre la barda.

Wolley lanzó una risita. Era ágil y no le costó nada subirse a la tapia. Daisy estaba ya en el suelo.

Al fondo, a unos trescientos metros, se divisaba la sombría silueta de una casa, en la que se veían algunas ventanas iluminadas. Daisy avanzó unos cuantos pasos y se detuvo al pie de un roble de frondosa copa.

—Aquí, tú.

Wolley se reunió con ella y miró hacia la casa,

—La conoces bien, supongo —dijo.

—Imagínate, he estado sirviendo allí dos años —rió Daisy.

—Y él..., ¿qué te...?

—Nada. Con las mujeres es un témpano.

Wolley abrazó a Daisy.

—Todo lo contrario que yo —murmuró, mientras buscaba ávidamente su cuello.

Daisy le apartó con aspereza,

—Quita de ahí —rezongó—. No hemos venido aquí para! divertirnos...

Las codiciosas manos de Wolley resbalaron por los costados de la mujer.

—¿Por qué no? Hay tiempo de sobras... Son apenas las diez de la noche...

—Pero ¿es que no piensas más que en eso? —dijo Daisy, enojada.

—Cuando estoy al lado de una mujer bonita, no pienso en nada más — respondió el hombre ardorosamente.

Una de sus manos buscó los botones de la blusa. Daisy apartó aquella mano audaz, pero Wolley insistió.

De pronto, se quitó la chaqueta y la lanzó sobre la hierba. Luego, volvió a abrazar a Daisy.

—Tenemos tiempo, tenemos tiempo —repitió una y otra vez.

Ella echó la cabeza hacia atrás, invadida por una extraña languidez.

—Oh, Happ... Es... una tontería...

Pero ya no se sentía capaz de hacer frente a los osados avances del hombre. Un extraño vértigo la invadió y creyó que se precipitaba en un pozo de dulzura sin fin.

Al cabo de un rato, se volvió sobre un costado y contempló a su acompañante.

—¿Te das cuenta de lo que hemos hecho? —preguntó—. Hemos venido a robar y hemos acabado revolcándonos sobre la hierba...

Wolley, tendido boca arriba, tenía la cabeza apoyada en las manos.

—¿Lo lamentas, guapa? —murmuró, displicente.

—Hombre, no; pero yo buscaba un socio...

—¿Y no me he portado como un socio consciente?

—Te burlas de mí, Happ. Has conseguido...

Wolley se incorporó un poco.

—No te quejes —dijo—. Como entretenimiento para la espera, no ha estado mal. Ahora, dime, ¿qué probabilidades hay...?

—Todas. El siempre dispone de dinero fresco y no lo tiene demasiado bien guardado. Parece que no siente demasiada simpatía hacia los Bancos, ¿comprendes? Yo le he visto decenas de veces abrir el cajón de su despacho y sacar unos fajos de billetes que mareaban sólo de pensar en la suma que representaban. Además, está la plata...

—Y no hay alarmas.

—No.

Wolley escorzó el cuerpo y miró hacia la casa. Todas las luces se habían apagado ya.

—Bueno, creo que es hora de que dejemos de representar el papel de Adán y Eva —murmuró.

Daisy se puso en pie de un salto. La luna, en menguante, daba muy poca luz, pero los ojos de la pareja estaban habituados a las tinieblas. El blanco cuerpo de la mujer resplandeció en la oscuridad.

Wolley la miró con deseo.

—Ven —llamó.

Daisy hizo un gesto negativo.

—Se acabó la diversión —dijo. Pero sonreía, porque veía de nuevo el ardor en los ojos de su acompañante—, Cuando hayamos dado el golpe, entonces...

De súbito, vio que Wolley se ponía en pie de un salto. El rostro del ladrón expresó un vivísimo terror,

—Eh, ¿qué te pasa?

Wolley creía soñar. Aquello que estaba viendo no existía... Era producto de su imaginación..., pero si soñaba, lo mejor era despertar muy lejos de aquel lugar, cuanto más lejos mejor. Pero ¿adónde le había traído aquella loca?

Daisy le miró extrañada. De pronto, oyó unos pasos pesados a su espalda.

Wolley corría ya como un loco, completamente desnudo, con las ropas bajo los brazos.

—Eh, Happ...

Entonces, Daisy sintió en su nuca un aliento cálido, hediondo. Todo su cuerpo se estremeció de horror.

Empezó a volverse. Cuando vio aquella espantosa criatura, sufrió un fortísimo choque. Ni siquiera pudo gritar. Simplemente, se desmayó.

Wolley se había detenido al pie de la tapia, para ponerse al menos los pantalones. En el absoluto silencio de la noche, oyó el horrendo chasquido de unas mandíbulas, que partían los huesos con furia devoradora. Los chasquidos se alternaban con gruñidos de animal placer. Wolley se dio cuenta de que la fiera devoraba a Daisy y estuvo a punto de vomitar.

Segundos después, saltaba la tapia. Enloquecido, corrió y corrió, hasta que, mucho rato después, tal vez horas, divisó la luz de un puesto de policía.

* * *

La puerta de la casa se abrió. El hombre, alto, delgado, vestido con un batín y pañuelo de seda al cuello, contempló escrutadoramente a sus visitantes.

Uno de ellos vestía uniforme azul y casco. El otro llevaba ropas corrientes y tenía una expresión muy rara en los ojos.

—El doctor Kell, supongo —dijo el policía.

—Sí, yo mismo. ¿En qué puedo servirles, caballeros?

—Doctor, soy el sargento Bothwell, jefe del puesto de Battingham Court. El caballero que me acompaña es el señor Wolley, quien acudió a mí la pasada madrugada, para formular una denuncia contra usted.

Las picudas cejas de Kell se arquearon inquisitivamente.

—¿Una denuncia contra mí? —exclamó—. Por Dios, sargento; ésta podría ser una situación enojosa, si no resultase altamente ridícula. ¿Quiere, por favor, decirme en qué he podido quebrantar la ley?

El sargento Bothwell se sentía muy incómodo. Era cierto que había oído hablar de las cosas extrañas que sucedían en aquella mansión, pero no solía dar crédito a las habladurías. Bothwell era un hombre de cerebro bien asentado, que sólo creía en los hechos incontrovertibles.

Restregó sus pesadas botas contra el suelo.

—El caso es, doctor...

—¿Por qué no lo dice de una vez? —aulló Wolley, repentinamente exasperado—. Yo lo vi y no lo soñé ni había bebido... El gorila apareció de repente y se arrojó sobre Daisy, la mató y la devoró después... Todavía tienen que estar por ahí los restos de ese horrible festín...

Los ojos de Kell eran muy claros, como pedacitos de hielo, y se volvieron calmosamente hacia el policía.

—Sargento, por casualidad, ¿figura entre sus costumbres la de hacerse acompañar por sujetos con acusadas deficiencias mentales?

Bothwell tragó saliva. La flema de Kell le desconcertaba. Sabía que un hombre, en determinadas circunstancias, aun con el carácter más tranquilo del mundo, podía ser capaz de matar y asesinar, pero no era corriente tener en casa un gorila gigantesco, devorador de seres humanos.

—Doctor, creo que me he equivocado —dijo humildemente—. Le ruego acepte mis más sinceras excusas...

Colérico, Wolley extendió su mano hacia el jardín.

—Allí —gritó—. Allí fue donde Daisy y yo...

Kell hizo un gesto mesurado.

—Perdón —rogó— Parece ser que el señor Wolley ha estado la pasada noche en mi jardín, acompañado de una mujer.

—Sí, ella y yo entramos...

—Ilegalmente.

Wolley se quedó cortado.

—Bueno, creíamos que no vivía nadie... Daisy y yo nos amábamos..., y saltamos la tapia para... Diablos, hicimos lo que hace una pareja que...

—Las parejas «que» —remedó Kell burlonamente—, no necesitan saltar una tapia para realizar determinados actos. Comúnmente, utilizan una habitación y una cama, y si les gusta el campo para eso, no invaden la propiedad ajena, Pero, de todos modos, el señor Wolley me acusa de tener un gorila gigante, capaz de devorar a la que, supongo, era su bella acompañante.

—Sí, yo oí el ruido de sus mandíbulas, los huesos rotos...

—Por favor, indíquenos el lugar exacto en donde, según usted, se produjo ese horrendo suceso. —Kell se volvió hacia Bothwell—. Si es cierto que «mi» gorila gigante se comió a la bella acompañante del señor Wolley, aún quedarán en aquel lugar restos del festín..., algunos huesos, tal vez el hígado... No, el hígado no, es el bocado preferido de los gorilas carnívoros...

Wolley se puso un pañuelo en la boca, acometido por unas náuseas horribles. Kell le miró burlonamente desdeñoso. Al fondo, una bella mujer sonreía.

—Otra de las cosas que le gustan a mi gorila son los piececitos de las señoras jóvenes. Se come los deditos uno por uno, y es tan educado, que deja los huesecillos ordenadamente...

—Basta, basta —gimió Wolley—. Yo lo vi, lo juro.

Kell caminaba ya fuera de la casa, seguido por los dos hombres. El parque, muy extenso, era, sin embargo, de suelo irregular, con algunas pequeñas eminencias de cinco o seis metros de altura. Sólo había algunos macizos de flores en las inmediaciones de la casa; el resto eran hierbas y matorrales, con algunos árboles.

Wolley se detuvo en una pequeña cuesta, a pocos pasos de un enorme roble.

—Aquí —señaló con la mano.

—Sí, veo montones de huesos y piltrafas de carne desgarrada por los dientes de mi gorila —dijo Kell burlonamente—. ¿No lo ve usted también, sargento?

Bothwell frunció el ceño. La hierba aparecía perfectamente limpia, fresca, todavía con gotas de un rocío que el sol temprano había evaporado aún.

De pronto, se volvió hacia el dueño de la casa.

—Doctor Kell, ¿desea presentar una denuncia contra el señor Wolley, por allanamiento de su propiedad? —consultó.

Kell agitó blandamente una mano.

—Déjelo ir, sargento —contestó, benigno—, Y permítame recomendarle al señor Wolley la abstinencia en el uso del alcohol. El abuso puede producir visiones terroríficas..., hermosas muchachas devoradas por gorilas gigantes.

Kell lanzó una atronadora carcajada, Wolley oyó aquella risa y sintió un escalofrío. El doctor Kell le pareció la encarnación humana del mismísimo diablo.

Bothwell empujó al abatido individuo hacia la salida.

—Será mejor que abandone la comarca —dijo, lleno de indignación por la ridícula situación en que se había visto—. No vuelva por aquí o le pesará, se lo aseguro.

Wolley calló.

Era lo mejor, se dijo. Pero un día volvería con una buena pistola..., y haría salir al gorila y vengaría a la pobre Daisy...

Mientras, Kell regresaba a la casa. La mujer le recibió en la puerta.

Era algo más joven que él, unos treinta y cinco años, de pelo muy claro y formas opulentas. Vestía un severo traje gris, con vivos blancos, y sobre sus senos ampulosos descansaban unos lentes semicirculares, que pendían de su cuello mediante una fina cadenita de oro.

—El tipo volvió —dijo ella.

—Sí. Trajo al sargento consigo.

—Pero no le creyó.

—Claro que no le creyó. No encontró pruebas, Olga.

Ella se estremeció.

—Fue horrible. Debes tener más cuidado —dijo.

—El necesitaba moverse. No puede estar siempre encerrado. ¿Qué culpa tenemos de que una pareja tuviese la idea de entrar en el parque para dedicarse a sus escarceos amorosos?

—Si era Daisy Tynn, ¿piensas que vino solamente para retozar sobre la hierba con ese tipo?

—¿Crees que...?

—Era una lagarta, Argus. Esa fulana vino a robar, seguro.

—Bueno, en todo caso, «él» lo impidió. Y le dio a su compinche un susto que no olvidará en la vida, Ah, por cierto, me olvidaba de una cosa.

—¿Si?

—Pasado mañana, llega mi nuevo ayudante.

—¿Necesitas un ayudante, Argus?

—Claro. No lo contrataría si no lo estimase necesario.

—Muy bien. ¿Quién es?

—Se llama Leonora Halvert. Tú te ocuparás de acomodarla.

—Argus, eso no me gusta...

Kell hizo un gesto de impaciencia.

—Es titulada en Ciencias Biológicas y eso es lo que te interesa, entiéndelo de una vez —contestó ásperamente.

CAPITULO II

Cuando entró en el pub, Henry Flash Digby posó su vista en las atractivas caderas de la mujer que estaba encaramada en un alto taburete antes que en ninguna otra cosa. Ella usaba pantalones muy ceñidos, de brillante tejido negro, y una blusa sin espalda. Sobre el mostrador, a su lado, estaba el bolso.

Digby se sentó junto a la mujer.

—Te he reconocido por la retaguardia, June Peel —dijo.

Ella volvió los ojos maliciosamente.

—Es algo que no puedo remediar —contestó—. ¿Cómo te encuentras, rayo de los reporteros?

—Ahora me dedico a escribir un libro —declaró él—. Me he cansado de perseguir las noticias. Es un trabajo más descansado.

—Si te editan el libro...

—En caso contrario, volveré a pedir un empleo. Pero quiero correr el riesgo durante un año, más o menos.

June Peel sonrió. Era una hermosa morena, de ojos ardientes, llenos de malicia, y figura con muchos atractivos.

—Lástima —dijo—, yo iba a darte una buena información, Flash Digby.

—¿Merece la pena?

—Puesto que te has despedido del periódico, ¿para qué te lo voy a decir?

—Bueno, ¿es que, al menos, no quieres matar mi curiosidad?

—A ti tendría que matarte, y ya conoces los motivos, especie de granuja. Me dejaste abandonada...

—Porque me enviaron fuera del país, para un reportaje sobre aquellos guerrilleros. Ni siquiera me dieron tiempo a llamarte. El director me agarró por el cogote y, cuando quise darme cuenta, ya estaba en el avión. Sin embargo, estoy dispuesto a reparar mi culpa de la forma que tú me indiques.

June señaló su copa vacía.

—Págate otra —dijo.

—Una botella y en tu casa.

—¿Tratas de seducirme otra vez? Soy una mujer virtuosa, Flash.

—Ja, ja —dijo él, muy serio.

—No te burles de mí. Ahora tengo un empleo digno.

—¡Caramba! Eso es algo nuevo... ¿Qué empleo, June?

—Una agencia turística me contrató. Paso siete horas detrás de un mostrador.

—Te felicito. ¿Pagan bien?

—Lo suficiente para apartarme del callejeo. —June se apeó del taburete y agarró a Digby por un brazo—. Vamos, ven conmigo, especie de canalla. Siempre he sentido por ti una extraña debilidad... Eres el único que me ha tratado decentemente, como un ser humano..

—No eres precisamente un simio, preciosa.

June se volvió rápidamente.

—Es curioso —dijo—. ¿Por qué has tenido que mencionar un simio?

Digby se encogió de hombros, un segundo antes de empujar la puerta del local.

—Se me ocurrió, eso es todo —repuso.

—Una casualidad, desde luego, pero es que la historia que yo tenía que contarte está relacionada con un mono —dijo ella.

—¿Me la contarás en tu casa?

June sonrió.

—Has ganado, miserable —contestó.

* * *

June se levantó, envolvió su atractiva figura en una bata muy corta y fue a la estancia vecina, para regresar a los pocos momentos, con dos vasos altos, en los que tintineaban unos cubitos de hielo.

—¿Cómo conociste esa extraña historia? —preguntó Digby, después de unos sorbos.

—Me la contó el propio Wolley.

—¿Le creíste?

Ella remoloneó un poco en la respuesta.

—La verdad... Primero le oí hablar en sueños. Luego, cuando despertó, le pregunté lo que había pasado. Una cosa es cierta: nadie ha visto a Daisy Tynn desde hace meses.

—Por lo visto, tú la conocías también.

—Un poco. Ella estuvo de doncella en Lexton Hall, no lejos de Battingham Court. Wolley me dijo que la habían despedido porque tenía los dedos largos. Entonces, Daisy correteó un poco por las calles y un día convenció a Wolley de dar un golpe en Lexton Hall.

—Y allí es donde se la comió el gorila gigante.

—Si la historia es cierta, sí.

—June, ¿por qué no fue Wolley a la policía?

—Ya lo hizo, pero no le creyeron. No había el menor rastro de Daisy.

Digby soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó June, extrañada.

—Bueno, a una mujer bonita se le dice, a veces, que está como para comérsela,.., pero de ahí a hacer realidad ese dicho...

—Fue un gorila, hombre.

—Ya, Y de postre se tomó un helado gigante.

Digby dejó el vaso a un lado y tiró de June hacia sí.

—Ahora me voy a convertir yo en gorila y te comeré viva —dijo, mientras mordisqueaba su cuello.

June empezó a lanzar risitas.

—Suelta, tonto... Me estás haciendo cosquillas... Basta, basta...

De pronto, lanzó un hondo suspiro.

—¿Qué siente una mujer cuando se la come un hombre? —preguntó con voz ardiente.

—Ahora mismo vas a saberlo —respondió él.

Más tarde, June fue al baño. Cuando volvió, Digby estaba ya vestido.

—Te vas —dijo.

—Pero no solo. Te invito a cenar.

—¡Acepto! —exclamó ella, entusiasmada.

—Con una condición.

—Si puedo cumplirla...

—¿Sabes dónde vive Wolley?

—Te interesa la historia, ¿eh?

—Podría interesarme, guapa. Oír a Wolley no me costaría nada..., y quizá resultaría un buen reportaje.

—Creí que habías dicho algo sobre abandonar el periódico.

—Si el reportaje merece la pena, cobraré unas buenas libras esterlinas, preciosa, Y tú tendrás tu comisión. ¿Te parece bien?

—¡Magnífico! —aprobó ella.

* * *

Al día siguiente, Digby se preguntó qué habría visto Daisy Tynn en Happ Wolley. Era un tipo más bien enteco, estrecho de hombros y pecho hundido, nariz ganchuda y ojos un tanto estrábicos. Claro que Wolley podía tener otra clase de atractivos para una mujer..., pero eso era algo que sólo podía juzgar una persona del sexo opuesto. Para Digby, Wolley era un sujeto un tanto repulsivo.

Wolley aceptó la invitación de Digby. Luego, cuando el joven hubo expuesto sus deseos, formuló una recelosa pregunta:

—¿Quién se lo ha contado, señor Digby?

—Una amiga común: June Peel. Su historia podría interesarme para un buen reportaje. Si confirmo su veracidad, usted recibiría una gratificación nada desdeñable.

Wolley apuró de un trago el contenido de un vaso.

—Sí, era un gorila gigante —dijo.

—¿Cómo de alto?

—Bueno, yo lo vi inmediatamente detrás de la pobre Daisy... Ella y yo teníamos una estatura muy parecida, de modo que su cabeza quedaba a ras del pecho de la bestia..., a nivel de las tetillas, quizá unos centímetros más abajo.

—Es decir, el gorila era un tercio más alto que Daisy.

—Sí, aproximadamente.

«Doscientos veinticinco centímetros», calculó Digby mentalmente. Un verdadero gigante entre los simios, teniendo en cuenta que los gorilas normales no pasan del metro y medio, salvo en contados casos.

—¿Y qué sucedió? —preguntó, tras una breve pausa.

—Bueno, yo... Lo admito. Tuve miedo y eché a correr, con las ropas en las manos.

—Ah, estaban desnudos —sonrió Digby.

Wolley torció el gesto.

—Hacía calor y decidimos esperar a que todos estuviesen acostados en Lexton Hall. ¿Qué diablos?, Daisy y yo no somos unos vejestorios, precisamente... Bueno, ella no «era» una vieja; porque el gorila la mató y luego se la comió... ¡Oh, aquel horrible ruido de huesos rotos con los dientes! Todavía se me ponen los pelos de punta al recordarlo... Y luego, aquel maldito doctor...

—¿Qué doctor? —preguntó Digby.

—Se llama Kell. Daisy me dijo que experimentaba... Una vez vio una rata como un perro lobo y se desmayó del susto...

—Una rata como un perro lobo —repitió Digby.

—Sí, aunque yo no le hice mucho caso. A veces, Daisy le pegaba de firme a la botella,..

—Bien, pero ¿qué pasó con el doctor Kell?

—Yo fui a avisar a la policía de Battingham Court... Hay sólo un sargento y un guardia; algo ridículo, comparado con Scotland Yard, pero, claro, ¿qué se puede pedir en un pueblo de mala muerte?

Digby se puso una mano en la cara. ¿Por qué había hombres que necesitaban tantos rodeos para decir cosas que podían expresarse con media docena de palabras tan sólo?

—Battingham Court está sólo a cuatro millas de Lex- ton Hall —continuó Wolley, después de otro tiento a la botella con que le había obsequiado Digby, en la taberna donde, al fin, había podido localizarle—. No sé... Yo debí de perderme por los campos... Estaba loco, compréndalo; aquello era superior a mis fuerzas... Cuando llegué al puesto de policía, empezaba ya a amanecer... El sargento Bothwell debió de creer que estaba loco, pero, al fin, accedió a acompañarme... Nos recibió el propio doctor Kell. Yo señalé el lugar donde el gorila había devorado a Daisy... El suelo estaba completamente limpio... No había rastros de aquel horrible suceso... Para mí, que lavaron la sangre de la hierba con alguna manguera y luego enterraron en alguna parte lo que quedaba de la pobre Daisy...

«Una historia un tanto extraña», pensó Digby. ¿Valía la pena consumir tiempo y dinero para obtener la necesaria información que le permitiese escribir un buen reportaje?

Discretamente, puso un billete de cinco libras sobre la mesa.

—Agradezco mucho sus declaraciones, señor Wolley —dijo, con cortés sonrisa—. Ha sido un placer...

—Usted es periodista. Escriba algo sensacional, para que arresten a ese diabólico doctor —pidió el sujeto.

—Sí, claro, haré lo que pueda.

Digby salió a la calle, sumido en un mar de dudas. ¿Debía ir a Battingham Court? ¿Resultaría productivo el viaje?

Todavía no había resuelto sus dudas, un par de horas más tarde, cuando apagó la luz para entregarse al sueño.

* * *

Con un suspiro de satisfacción, Leonora Halvert entró en su habitación y se quitó la bata blanca que utilizaba para su trabajo en el laboratorio.

Sentíase un poco cansada. El día había sido duro. Kell exigía mucho..., pero ella no acababa de ver claro en los continuos experimentos que realizaban con toda clase de animales, desde insectos a ratas, conejos, perros y gatos Por supuesto, los experimentos eran incruentos..., pero, aun así, había algo en aquella labor que la llenaba de aprensiones.

Además, trabajaba en un laboratorio independiente. Nunca había entrado en el que utilizaba el doctor Kell, quien se lo había prohibido terminantemente. El doctor Kell le encomendaba todos los días una serie de trabajos, cuyos resultados debía entregarle por escrito al terminar la jornada. Nada más, aunque no podía negar que el sueldo era bueno, el alojamiento confortable y que tenía los fines de semana libres por completo.

Pero empezaba ya a pensar en la posibilidad de abandonar Lexton Hall. Había otras cosas del doctor Kell que no le gustaban tanto. En los últimos tiempos;' la miraba de una forma que daba escalofríos. Aquella mirada, pensó, mientras, sentada en una silla, se quitaba las presillas del portaligas.

Después de quitarse las medias, se puso en pie. Ahora estaba vestida solamente con el sujetador y los pantaloncitos de encaje, prendas que cayeron instantes después al suelo. Completamente desnuda, cruzó el dormitorio y se metió en el baño, ignorante de que unos ojos codiciosos habían contemplado desde un lugar ignorado por ella la sesión de *strip-tease* que había realizado con toda naturalidad, ajena al espionaje de que era objeto.

En la habitación contigua, Argus P. Kell se separó de la pared, en la que había practicado dos orificios, separados por una distancia tal que correspondiesen exacta-mente a la que había entre sus ojos. Entonces oyó una risita.

Kell se volvió, furioso. Olga estaba en la puerta de la habitación, mirándole con expresión burlona.

—Haces honor a tu nombre —dijo la mujer—. Argus... Argos, el mítico personaje de los mil ojos, que vigilaba el Olimpo... Pero tú te conformas con dos para ver cómo se desnuda tu hermosa ayudante..

—Olga, cállate —contestó Kell de mal humor—. Es cierto que la he visto desnudarse, pero no he venido aquí para contemplar un espectáculo que tú me ofreces con cierta frecuencia y con muchos menos remilgos que esa encantadora muchacha.

—¿Ah, sí? Vaya, la noticia resulta sorprendente. Argus, no es la primera

vez que espías a Leonora, pero qué casualidad, siempre lo haces cuando ella va a meterse en la cama.

—Por favor, Olga, pórtate como una persona civilizada. A tu edad, no está bien que muestres los celos propios de una mujer latina.

—La mujer es mujer en todos los países del mundo —contestó ella rientemente—. Tú eres mi hombre y no quiero compartirte con nadie más, ¿no has comprendido? ¿O es que crees que no me he fijado en los ojos que pones cuando Leonora pasa por tu lado? ¡La devoras con la vista!

—Olga, por favor...

—Argus, yo elegiré a tu próxima ayudante. Y, créeme, no necesitarás venir aquí para espiarla cuando se desnude.

Kell se alarmó.

—¿Piensas despedir a Leonora? —preguntó.

—Mañana mismo.

—Olga, tú no puedes hacerme eso... El trabajo de Leonora es importantísimo...

La mujer dio media vuelta.

—Mañana ya no estará Leonora en la casa —dijo, rotundamente—. Ah, por favor, creo que ya es hora de la inyección. ¿Vienes a ponérmela?

Kell suspiró profundamente.

—Sí, Olga, lo que tú digas —contestó con acento lleno de mansedumbre. A veces, le entraban ganas de estrangular a aquella mujer tan absorbente, pero no podía hacerlo.

CAPITULO III

La puerta del dormitorio se abrió cautelosamente. Algo entró sin hacer apenas ruido. La puerta volvió a cerrarse en el acto.

Los ojos de la bestia exploraron las tinieblas de la estancia. Leonora dormía apaciblemente, con un brazo fuera del embozo de las sábanas. De repente, creyó oír entre sueños un extraño chirrido.

Aún dormida, dio media vuelta. El chirrido se repitió.

En la misma posición, Leonora abrió los ojos. Un rayo de luz lunar entraba a través de las cortinas. Leonora vio unas pupilas que chispeaban como si estuviesen embadurnadas de fósforo.

Alarmada, empezó a sentarse en la cama. De repente, aquella cosa saltó hacia ella.

Leonora gritó una vez. Percibió un olor horrible, un hedor insufrible, pero la sensación duró una fracción de segundo. Unos dientes afiladísimos se clavaron en su garganta. El dolor, lacerante, llegó hasta el fondo de su cerebro y reventó, en una explosión de agudísimos colores, que cedieron paso muy pronto a la oscuridad definitiva.

A la mañana siguiente, Olga abrió la puerta. Desde el umbral, Kell contempló aquel horripilante espectáculo.

—Te dije anoche que Leonora se marcharía hoy de la casa —le recordó, ebria de satisfacción.

Kell se tapó la cara con las manos.

—En el nombre de Dios, ¿qué has hecho? —exclamó—. Lo que sucedió con Daisy fue puramente accidental, pero esto...

—Será mejor que te ocupes de «eso» —dijo Olga fríamente—. Yo me encargaré de que el dormitorio recobre su aspecto habitual.

Kell la miró coléricamente.

—Debería...

—Tú no puedes hacer nada contra mí —respondió ella con acento desdeñoso—. Lo sabes bien, de modo que todas las palabras resultan inútiles. Ah, y pide una nueva ayudante si la necesitas, pero, recuerda, no quiero una segunda Leonora Halvert. ¿Está claro?

Kell asintió:

—Sí, muy claro —respondió abatidamente.

* * *

El repiqueteo del teléfono sonó por encima del tableteo de la máquina de escribir. Maldiciendo entre dientes, Digby suspendió el trabajo, alargó la mano y descolgó el aparato:

—Digby —rezongó—. ¿Quién llama a estas horas?

—¿Tan malas son para ti? No irás a decirme que a las once y media de la

mañana estás aún en la cama,

—¿June? —preguntó Digby, cautelosamente.

—La misma que viste y calza... y hace un siglo que no te veo el pelo —respondió ella.

—Nena, estoy enfrascado en mi trabajo.

—¡El reportaje sobre Lexton Hall!

Digby respingó.

—Lexton... Ah, sí, lo había olvidado. No, preciosa, estoy liado con mi libro, el que te anuncié... He olvidado a Lexton Hall por completo. No me pareció un asunto de interés.

—Por lo visto, no confiaste en Wolley, ¿eh?

—A decir verdad, no. No me pareció un sujeto digno de crédito. Para mí, que soñó todo aquello, bajo los efectos de una monumental borrachera. ¡Un gorila gigante, de dos metros y cuarto! ¿Te das cuenta de lo que es eso?

—Algo horroroso, si fuese verdad.

—Si fuese verdad, tú lo has dicho bien. Pero a estas alturas, una historia de un King-Kong en Inglaterra, no se la creerían ni los niños de teta.

—Flash, empiezo a sospechar que puedes estar equivocado. Fíjate bien, digo «que puedes», no que «estés» equivocado. Tengo motivos para creer que la historia de Wolley sea cierta.

—June, por el amor de Dios...

—Aguarda un momento —pidió ella—. Ayer vino a verme una antigua compañera de colegio... No te creas, hubo un tiempo en que yo estudiaba, pero tuve que dejarlo cuando papaíto se arruinó por una corista... Bueno, el caso es que mi conocida, no digo amiga, porque no lo fue del todo nunca, vino a verme para averiguar si sabía algo de una condiscípula.

—Me sorprendes, June. No sabía que tú...

—Tú no sabes muchas cosas de mí y más vale que continúes en esa bendita ignorancia —rió June desenvueltamente—. Bien, mi antigua condiscípula me había visto hace algunos meses en la agencia donde trabajo ahora. Charlamos un poco y nos separamos, pero ayer volvió a verme. Quería preguntarme si tenía noticias de otra condiscípula, Leonora Halvert, quien, como ella, también terminó su carrera. ¿Quieres que te diga cuál es el título que obtuvieron esas muchachas?

—Abogado, médico...

—No das una en el clavo, muchacho. Ciencias Biológicas.

—¿Y eso te hace suponer que el gorila es algo real?

—Cariño, Zena Regmore está a punto de llegar a tu casa —dijo June—. Ella te lo explicará todo mucho mejor que yo, puesto que es experta en la materia. Y, a propósito, ¿preparo cena para dos en mi pisito, hoy, a las siete de la tarde?

Digby sonrió.

—Yo me encargaré del champaña —prometió.

Y, en aquel instante, llamaron a la puerta.

* * *

Digby parpadeó. Lo que menos se hubiera supuesto era que toda una doctora en Ciencias Biológicas pareciese una modelo a punto de desfilar por la pasarela. Claro que, pensó, la ciencia no tenía que estar reñida con la belleza.

Era una joven muy alta y esbelta, de suaves cabellos castaños y ojos grises, con un perfecto óvalo de cara, en el que destacaba una boca fina y sensitiva, apenas avivado el color de los labios con un discreto toque de lápiz labial. Vestía un elegante traje de chaqueta, color azul claro, con pantalones. Posiblemente, debía de resultar mucho más atractiva aún con traje de fiesta, pero no cabía la menor duda de que Zena Regmore era toda una belleza.

—Una amiga común me indicó su nombre y me he permitido visitarle —dijo la recién llegada—. Le ruego dispense las molestias que pueda ocasionarle...

—Oh, no, en absoluto, doctora —contestó Digby—. Al contrario, será un placer.

—No soy doctora —corrigió Zena—. Algún día redactaré mi tesis doctoral. Conseguí la licenciatura, simplemente, pero tuve que emplearme en unos importantes laboratorios... En fin, esto no creo que le interese demasiado, señor Digby. Ah, y déjese de cortesías —indicó ella con una sonrisa llena de luz—. Llámeme por mi nombre, simplemente.

—Eso me gusta —dijo él—. ¿Le apetece una taza de té? Perdone el estado de la sala, pero es también cuarto de trabajo...

—Oh, no se preocupe. Acepto el té, Flash.

Digby sonrió.

—June le ha dicho ya mi apodo, ¿eh?

—Se lo pusieron por su rapidez en conseguir informaciones sensacionales —dijo la bella visitante.

—Eran otros tiempos. Ya estoy un poco cansado. Por eso decidí escribir un libro.

Digby puso la cafetera sobre un hornillo. Luego ofreció tabaco a la joven.

—Bien, creo que tiene usted un problema —dijo.

—Sí, Leonora Halvert —contestó Zena—. Permítame que se lo explique someramente. Aparte de la amistad que existía entre ambas, sucede que todos los años nos reuníamos unas cuantas condiscípulas, para celebrar la fecha de la graduación. Leonora asistió siempre, viniendo a Londres desde dondequiera que se encontrase, Además, solíamos escribirnos más o menos una vez al mes. Hace ya seis que no tengo noticias de ella y me preocupa que no haya asistido a la reunión de este año.

—En su opinión, ¿qué ha podido sucederle, Zena?

—Verá, Leonora encontró un empleo muy bueno, según me dijo al despedirse. Buen salario, alojamiento y fines de semana libres. La persona

que le dio el empleo es el doctor Kell, quien reside en Lexton Hall, Battingham Court. El mismo lugar donde el amigo de June dice haber visto un gorila gigante.

—¿Cree usted en esa historia?

—Conociendo a Kell, es muy posible.

Digby abrió la boca.

—Oiga...

—Hablo en serio. Yo fui discípula de Kell, cuando enseñaba en la Universidad. Tenía una sólida reputación y sus trabajos sobre el crecimiento de los seres vivos, le auguraban candidato un día al Premio Nobel. Pero, de repente, dimitió... y ya no volví a saber de él, hasta que Leonora me dijo que se iba a trabajar en su laboratorio privado.

—¡Caramba, esto es algo fantástico! —exclamó Digby, sinceramente asombrado—. ¿Cree usted posible que el doctor Kell haya conseguido aumentar de tamaño a un gorila?

—No he visto al simio, por lo que no puedo dar una respuesta concreta. Por otra parte, el señor Wolley exageró tal vez... el miedo, posiblemente, le hizo creer que el gorila era mayor de lo que es en realidad. De todos modos, mis aprensiones se centran en Leonora. No es normal en ella dejar pasar tanto tiempo sin noticias suyas. Al menos, tengo la seguridad absoluta de que habría enviado un telegrama, excusando su asistencia a la reunión.

La tetera pitó en aquel instante, Digby se apartó de la visitante.

—Perdone —se disculpó—. Siga hablando..., aunque, mejor, dígame, ¿por qué no ha ido a la policía?

—No me gustaría dar estado oficial a un asunto que quizá pueda solucionarse de un modo más discreto. Usted es periodista y tal vez podría encontrar la forma de llegar a Lexton Hall y averiguar qué le pasa a Leonora.

Digby volvió con una bandeja en las manos.

—Una entrevista, ¿verdad?

—Podría ser un pretexto ideal, ¿no le parece? Por supuesto, yo le compensaría los gastos...

—Hace algunas semanas, debí haber ido a Lexton Hall —respondió él—. La verdad, el relato de Wolley no me inspiró el menor crédito.

—¿Y el mío?

—Ya son dos casos. El asunto empieza a cobrar interés.

—Entonces, ¿irá?

Digby entornó los ojos.

—Leonora se contrató como ayudante de Kell —dijo.

—Kell la contrató. Conocía su expediente escolar.

—¿No se lo propuso a usted?

—Yo ya tenía mi empleo. Ciertamente, no me propuso trabajar para él, pero, de todos modos, no habría aceptado.

—Comprendo. Ha dicho usted que el doctor Kell hacía experimentos para aumentar el tamaño de los animales..., pero, ¿con qué objeto?

Zena sonrió.

—Flash, imagínese una gallina de tamaño doble de lo habitual. El peso, en carne, no sería el doble, sino el cuádruple o más. No pesaría cuatro kilos, sino dieciséis y dieciocho..., y los huevos que pusieron tendrían un tamaño y peso proporcionales a esas dimensiones. ¿No resultaría más beneficioso para la gente?

—Según —dudó Digby—, porque una gallina de ese tamaño, consumiría también el cuádruple de comida..., y al precio que van hoy los piensos para las granjas avícolas...

—Todo tendría sus compensaciones, Flash.

—Sí, pero ¿a qué sabría la carne de esa gallina gigante? Tendría mucho que ver con el estropajo.

—Vamos, Flash, no sea pesimista. Si los trabajos de Kell dieran un resultado satisfactorio, la humanidad obtendría grandes beneficios.

—Mire, yo no acabo de creer en esos beneficios. Uno no puede consumir más de un kilo de carne de gallina, dos, a lo sumo, si es un Gargantúa. Por tanto, ¿qué ventaja tiene una gallina de veinte kilos sobre una de cuatro?

—Es que se venderían en las carnicerías... —De pronto, ella se echó a reír —. Oh, nos hemos enzarzado en una discusión bizantina, que no lleva a ninguna parte. ¿Irá a Lexton Hall?

—Sí, aunque no de un modo inmediato. Estoy acabando un capítulo muy interesante y no quiero dejarlo de la mano. Deme un par de días, tres como máximo, se lo ruego.

Zena se puso en pie. Abrió su bolso, sacó una tarjeta y se la entregó a Digby.

—Esta es mi dirección. Llámeme cuando sepa algo —indicó.

—Con mucho gusto. ¡Ah! —Exclamó de pronto—, ¿no puede decirme cuáles son los motivos que impulsaron a Kell a dejar su cátedra?

—No, nadie lo sabe. Dimitió, se marchó y eso es todo.

CAPITULO IV

Aquel día, Ronnie Egan había estado trabajando en su campo de heno hasta muy tarde. Cuando decidió dar la labor por terminada, era casi de noche.

El campo de heno estaba a menos de un kilómetro de Battingham Court, por lo que Egan iba y venía a pie. Cuando hubiera segado el heno, llevaría el tractor con el remolque. Mientras tanto, convenía ahorrar combustible.

Egan abandonó su propiedad, pensando con placer anticipado en la pinta de cerveza que iba a tomarse apenas llegase a la única taberna del pueblo. Charlaría un rato con los amigos, fumaría una buena pipa y luego iría a casa a cenar con su mujer...

Aquellos agradables pensamientos fueron cortados en seco por un horrible sonido, algo que Egan no había escuchado jamás. Volvió la -cabeza y sintió que se le helaba la sangré en las venas.

El sonido se repitió. Era una mezcla de maullido y rugido, de escaso volumen, sin embargo, pero terriblemente amenazador. Egan sintió que las piernas le temblaban como si repentinamente se le hubiesen convertido en mantequilla.

Sus pies parecían clavados a la tierra. De pronto, con un enorme esfuerzo, consiguió dar media vuelta.

Intentó huir.

La ñera cayó sobre él. Egan chilló horripilantemente cuando sintió unos enormes colmillos que le atravesaban el cuerpo.

A pesar de todo, no perdió el conocimiento instantáneamente. Sintióse levantado en el aire, como si fuese un perrito, y luego pudo apreciar que la fiera echaba a correr.

Una vez, había visto un zorro corriendo frenéticamente, mientras sujetaba un gazapillo con sus mandíbulas. Ahora, él era el gazapillo y la bestia el zorro...

Pero no se trataba de un zorro.

La noche había caído ya sobre Battingham Court cuando sus vecinos oyeron una serie de alaridos que no tenían nada de humanos. Muchos salieron a las puertas de sus casas. Otros se asomaron a las ventanas. Todos pudieron ver el indescriptible espectáculo de un gato gigantesco, del tamaño casi de un caballo, que corría por el centro de la única calle del pueblo, dando unos saltos gigantescos.

El gato gigante había capturado una presa. Era un ser humano, que se debatía frenéticamente entre sus fauces, a la vez que lanzaba gritos desgarradores. Antes de que ninguno de los horrorizados espectadores pudiera hacer nada, gato y hombre se perdieron en la oscuridad de la noche.

Algunas mujeres se desmayaron. Muchos atrancaron sólidamente las puertas de sus casas. El sargento Bothwell recordó a tiempo su puesto y

organizó una partida para buscar y combatir al monstruo. Un par de vecinos habían tenido tiempo suficiente de ver al hombre apresado por el gato gigante. Egan era bastante apreciado por sus conciudadanos y, pasados los primeros momentos de desconcierto, se organizó una fuerte partida de caza, cuyos miembros iban armados con escopetas, que cargaron con perdigones de grueso calibre.

La búsqueda duró toda la noche. Al fin, cerca del amanecer, encontraron el cuerpo de Egan, horriblemente destrozado, en el fondo de una vaguada.

Lo curioso del caso fue que no encontraron al gato gigante por ninguna parte. Sin embargo, sobre el cadáver de Egan había un gatito atigrado, muerto, con los miembros contorsionados por una horrible e inexplicable agonía.

Cuando llamaron a la puerta, Digby acababa de golpear la última tecla de la jomada.

Al fin había terminado aquel endiablado capítulo. Ahora descansaría unos cuantos días. Le convenía aclarar sus ideas, despejar la mente... El viaje a Battingham Court le sentaría bien.

Abrió. Una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años, muy rubia y de cuerpo abundantemente dotado por la naturaleza, apareció ante sus ojos.

—Henry Digby, supongo —dijo la desconocida.

—En efecto, señora...

—Bernson, Olga Bernson. ¿Puedo pasar?

—Claro —accedió Digby, sumamente intrigado por la presencia de aquella hermosa visitante, a la que no había visto en los días de su vida.

Olga se quitó la estola de piel que cubría sus hombros. El escote de su ceñidísimo vestido rojo fuego era tremendamente audaz.

—Sin duda, señor Digby, le extrañará mi visita —dijo.

El joven sonrió.

—Una visita como la suya sólo se produce en las películas —contestó—. Pero permítame que le ofrezca algo de beber... ¿Qué prefiere, señora Bernson?

—Jerez, si es tan amable.

—Por supuesto.

Mientras llenaba las copas, Digby percibió el extraño y penetrante aroma que se desprendía de aquel cuerpo tan bien formado. El único defecto que le encontraba a Olga era su estatura. Un poco más alta, habría resultado una mujer sensacional. Aun así, tenía infinidad de atractivos.

Olga se sentó en el diván y cruzó las piernas. La falda se subió. Digby pudo ver las presillas del portaligas negro. Aquella mujer, ¿buscaba una aventura amorosa?

—¿Y bien, señora Bernson?

—Usted es amigo de Zena Regmore —dijo ella,

Digby arqueó las cejas.

—Tanto como amigo...

—Conocido, entonces.
—Si quiere que le diga la verdad, nos hemos visto una vez.
—Ella me ha enviado a usted, señor Digby.
—Ah, comprendo.
—Zena ha tenido que ausentarse momentáneamente de Londres. Por eso me encargó le visitase.
—No sabía nada...
—Me dio también un mensaje para usted. Dijo que no es necesario que vaya a Lexton Hall. Leonora se encuentra perfectamente.
—Oh, lo celebro infinito.
Olga se puso en pie y paseó la vista por la estancia.
—Tiene usted una casa muy bonita —elogió.
—Parece una leonera —sonrió Digby—. Precisamente, yo también iba a marcharme un par de días fuera. La asistenta aprovechará para hacer una limpieza general.
—Claro. ¿Es usted soltero?
—Sí, señora.
—No se case —aconsejó Olga con una risita.
De pronto, se inclinó profundamente hacia la mesita. Era un gesto deliberadamente provocativo. Sus senos amenazaron desbordarse del escote. Al erguirse, entregó a Digby su copa vacía.
—Llénela de nuevo, se lo ruego.
Digby asintió, con la boca seca. «Pequeña..., pero volcánica», pensó, vuelto de espaldas a su visitante.
Regresó junto a Olga y le entregó la copa.
—Usted no ha bebido apenas —dijo ella.
—Brindaré por una mujer hermosa —sonrió Digby.
Apuró el jerez de un trago. Olga tomó un ligero sorbo.
—Ha dicho que es soltero.
—Sí.
—Yo también.
—No es posible.
—Bueno, me divorcié...
Olga avanzó un par de pasos. Digby estaba en mangas de camisa y sintió contra su torso el cálido contacto del pecho femenino.
—Pero, a veces, una mujer necesita compañía... — dijo Olga insinuantemente.
El rostro de la mujer pareció de pronto envuelto en fuego. Digby la abrazó. Ella emitió un hondo suspiro.

* * *

Era un gato, una rata, un perro, un gorila... La cara de Olga cambiaba en rapidísima sucesión... Los colmillos asomaban entre sus labios cálidos y

sensuales... Las uñas se clavaban en su piel y le causaban un exquisito dolor...

Finalmente, se durmió.

Despertó muy tarde al día siguiente. Alguien llamaba a la puerta insistentemente.

Digby notó un gusto extraño en la boca. Tenía la lengua espesa, como si fuese de corcho. ¿Qué diablos le había pasado?

Al abandonar la cama, estuvo a punto de caerse. Las piernas le parecían algo sin consistencia, como si le hubieran quitado los huesos.

La llamada sonó una vez más.

—Ya voy, ya voy...

De pronto, al pasar por delante del espejo, se dio cuenta de que estaba completamente desnudo. Agarró, una bata, se la puso torpemente, hizo que sus dedos desempeñaran el papel de peine en sus revueltos cabellos y se encaminó a la puerta.

Happ Wolley le miró sarcásticamente desde el pasillo.

—La pilló buena, ¿eh? —comentó.

—Dispense, creo que me quedé dormido... —murmuró Digby con voz tartajosa—. Pase, señor Wolley; permítame ir al baño...

—Lo necesita, amigo. —El visitante alzó su muñeca—. Las dos de la tarde —indicó.

Digby caminaba ya hacia el baño, pero se detuvo un instante.

—Sí, la pillé de las gordas —admitió.

—Vaya tranquilo. Tengo noticias para usted, pero antes necesita una buena ducha. Cuando salga del baño, tendrá preparado café.

—Mu... muchas gracias, señor Wolley...

—Llámeme Happ —contestó desenvueltamente el individuo.

Digby se metió bajo el chorro de agua fría, sin comprender muy bien lo que le sucedía. ¿Cómo había podido embriagarse de aquella manera? Desde luego, tenía que haber sido una borrachera monumental, ya que había dormido toda la noche y más de la mitad del día siguiente.

Cuando salió, algo más repuesto, Wolley, irónico, le tendió un pocillo de café. Digby buscó aspirinas y tragó dos de un golpe.

—¿Puedo servirle en algo, Happ? —preguntó, sintiéndose un tanto mejorado.

—Creo que voy a ser yo quien le sirva... Amigo, vaya escenita la de anoche... Entre el licor y la fulana...

—¿Qué fulana? —respingó Digby.

—Hombre, la rubia que vino a visitarle... Y había que ver cómo estaba la tía a las dos de la madrugada...

—Happ, le juro que no entiendo nada de lo que me dice. Aquí, en esta casa, no ha habido ninguna mujer durante la noche pasada.

—Oiga, yo no he probado una gota de alcohol y la vi aquí, con usted —afirmó Wolley, muy serio—. Todavía más, venía a visitarle a usted, cuando la vi entrar en la casa. Esperé un buen rato y pude darme cuenta de que usted y

ella iban a acabar en la cama, así que decidí aguardar a que se hubieran dormido...

—Pero, Happ, le estoy diciendo que aquí no ha habido ninguna mujer —insistió el joven, totalmente desconcertado. Sin embargo, pensó, en su sueño tan prolongado había algo muy extraño y bien podía suceder que el alcohol ingerido le hubiese hecho perder la memoria—. Está bien, puede que diga la verdad..., pero ¿quién era esa mujer?

—El nombre, no lo sé; pero a ella la he visto en Lexton Hall.

CAPITULO V

Digby alargó el pote vacío y Wolley fue llenándoselo. Al regresar, continuó:

—Tengo que admitir que entré en su casa sin permiso. Estuve esperando mucho rato; en un principio, yo pensé que era una visita de cumplido, pero luego me di cuenta de lo que había pasado... La fulana me tiene intrigado, créame.

—Happ, usted dice haberla visto en Lexton Hall...

—Sí, cuando el «poli» y yo hablábamos con el dueño de la casa, ella estaba al fondo del vestíbulo, aguardando... Me dio la impresión de que era una sirvienta, tal vez un ama de llaves... Ciertamente, ella no despegó los labios un solo instante; por eso me sorprendió doblemente verla entrar en su casa. Y anoche, desde luego, no tenía aspecto de ama de llaves. ¡Vaya forma de vestir! Sólo le faltó llegar en «Rolls», con chófer uniformado... —Wolley le guiñó un ojo—. Buena juerga, ¿eh? —Se inclinó un poco hacia él y le dio una palmada en la rodilla—. Pero no se preocupe, hombre; son cosas que pasan; usted es joven y ella es una fulana imponente...

Digby frunció el ceño.

—Happ, ¿está tratando de decirme que...?

—Pues sí, les vi en el dormitorio a los dos... De todos modos, tenga cuidado con la prójima; juraría que es adicta a las drogas.

—¡Happ!

—Usted estaba como un leño sobre la cama, cubierto apenas con una sábana. Ella estaba sentada en el suelo, con las rodillas un tanto levantadas, tan desnuda como el día que nació, con una copa en las manos... Movía la cabeza adelante y atrás y canturreaba algo, una rara melopea.. Pude darme cuenta de que no estaba en este mundo y aproveché la ocasión. Luego, más tarde, cuando examiné lo que le había quitado del bolso, pensé que no era el alcohol lo que la hacía actuar de aquella manera tan disparatada, sino alguna droga...

—Happ, ¿trata de decirme que entró en mi casa a robar?

Los ojillos del individuo se entornaron.

—Esa pájara de cuenta vive en Lexton Hall y, lo crea o no la gente, a Daisy Tynn se la comió un gorila que tienen allí encerrado. O quizá cosas todavía peores. Oh, no se preocupe; no le quité más que el dinero, unas cincuenta libras... y una cajita de oro, que contenía unas grajeas... Oiga, ahora que lo pienso: ¿no es posible que le hiciera tomar a usted alguna de esas pildoritas?

—¿Por qué lo dice, Happ?

—Usted no recuerda nada de la fulana, ¿verdad?

—Nada, en absoluto.

—¿Ni siquiera recuerda el momento en que llegó a su casa?

—No, Happ.
—Ella le dio algún brebaje, no me cabe la menor duda. Tenga cuidado; es más peligrosa que una víbora venenosa...
—De todos modos, hay algo que quiero preguntarle, Happ.
—¿Sí, señor Digby?
—¿Por qué vino a visitarme?
—Oh, quería enseñarle algo... Puesto que usted no cree que en Lexton Hall hay un gorila gigante... —Wolley metió la mano en el bolsillo y sacó un recorte de periódico—. ¿No ha leído la noticia?
—No, Happ, llevo unos cuantos días completamente aislado del mundo, por raro que parezca. No he leído un solo periódico y ni siquiera he conectado la televisión a la hora de los noticiarios.
—Bien, entonces, lea.
Digby paseó la vista por los renglones impresos. La noticia era sorprendente, demasiado fantástica, incluso, pensó, al concluir su lectura.
—Un gato gigante... —murmuró—. Lo vieron todos los habitantes de Battingham Court y llevaba a un hombre, como una perra a su cachorrillo cuando se le escapa..., pero luego no encontraron otra cosa que el cadáver de Egan, con un gato muerto sobre su pecho...
—Esto es más que lo del gorila —dijo Wolley—. El que yo vi era más o menos un tercio más alto que Daisy, pero el gato que vieron los vecinos de la aldea parecía un caballo.
—El periodista había de una alucinación colectiva, aunque es cierto que en el cuerpo de Egan se encontraron huellas de unos dientes enormes. Sin embargo —continuó el joven—, la tierra estaba húmeda y blanda en aquellos parajes y, aunque buscaron huellas de la bestia, no encontraron ninguna... Es decir, ninguna, a partir del lugar donde hallaron a la víctima. Había pisadas hasta allí, pero no más adelante, en ningún sentido...
—En Lexton Hall ocurren cosas diabólicas y no quieren que nadie meta allí las narices.
Digby se frotó pensativamente la mandíbula.
—Happ, si es cierto lo que usted dice, ¿cómo supo esa mujer que yo pensaba ir allí?
—Ah, ¿iba a hacer ese viaje?
—Sí.
—Y usted no recuerda en absoluto nada de la fulana,
—Nada, Happ, lo que se dice nada.
—Pues...
La campanilla de la puerta sonó en aquel instante. Digby se puso en pie.
—Dispénseme.
El joven abrió. Su sorpresa fue enorme al ver a Zena Regmore en el umbral.
—¡Hola, Flash! —Saludó la joven—. He venido a verle para... Oh, tiene una visita...

Digby alargó una mano y tiró del brazo de la visitante.

—Entre —dijo—. El señor Wolley y yo estábamos en una conferencia cuyo tema central es Lexton Hall. Creo que su llegada puede resultar muy conveniente, Zena.

* * *

Wolley calentó más café y sirvió con presteza, mientras Digby hacía a la joven un relato de todo lo sucedido

—No tiene por qué avergonzarse —dijo el ladrón, cuando volvía con la bandeja en la mano—. Ella es muy guapa y, si, además, le propinó una droga...

—Una droga, ¿para qué? —preguntó Zena.

—Está claro, para que no vaya a Lexton Hall. Si ha olvidado por completo que ella le visitó, ¿por qué no iba a olvidar lo demás? Señorita, usted no ha visto al señor Digby como yo le vi esta mañana. Parecía recién desenterrado de la tumba.

Zena frunció el ceño.

—De modo que esa mujer estuvo aquí.

—Eso parece —contestó Digby con una sonrisa de circunstancias—. Una cosa es cierta: cuando desperté, esta mañana, no sabía siquiera dónde estaba.

—La droga debió de ser muy potente, pero no estrictamente narcótica, sino también hipnótica —dijo Zena—. Le hizo dormir y ella, seguramente, durante el sueño, influyó en su mente para que lo olvidara todo.

—Es posible, porque, al menos, no la recuerdo a ella. Ahora bien, el problema estriba en saber cómo llegó hasta mí, de qué modo se enteró de que yo tenía intenciones de viajar a Battingham Court.

—Quizá yo pueda explicárselo —manifestó la joven—. Hace dos días, noté mi casa un tanto revuelta. Me dio la sensación de que alguien había entrado en mi ausencia, pero, al no notar la falta de dinero ni ningún objeto de valor, desistí de dar cuenta a la policía. Lo que sí pude ver, abierta junto a la mesita del teléfono, fue la agenda donde anoto los números de mis amistades y otras personas con las que me relaciono.

—¡Y mi número figura en esa agenda! —exclamó Digby.

—Con su dirección —corroboró Zena.

—Bien, admitamos que esa mujer vio mi dirección en su casa. Pero ¿cómo llegó hasta la suya?

—Muy sencillo, Flash: encontró mis señas en alguna libreta o agenda de Leonora Halvert. Y ¿sabe lo que eso significa?

—No, dígamelo.

—Leonora ha muerto.

Sobrevino un instante de silencio. Wolley miraba alternativamente a la pareja.

Digby fue el primero en hablar.

—¿Lo cree así, Zena? —preguntó.

—Leonora también tenía una agenda, como todo el mundo. Encontró mi nombre y...

—Pero ¿por qué elegirnos a nosotros dos, precisamente?

—Bien, yo pienso que en Lexton Hall se habrán informado de las amistades de Leonora. Incluso cabe la posibilidad de que ella mencionara mi nombre en alguna ocasión. Esa mujer supo que yo soy diplomada en Ciencias Biológicas y vino a ver qué podía conseguir. Encontró su nombre en mi agenda, se enteró de que es periodista y trató de evitar que sus investigaciones pudieran perjudicarla a ella y al doctor Kell.

Wolley extendió la mano.

—Ahí, ahí está la explicación —dijo vivamente.

—A usted, sin embargo, no le propinó ninguna droga.

—Bueno —sonrió Zena—, las circunstancias son distintas. Y yo no soy una periodista que vaya a meter la nariz donde no le llaman.

—Sí —convino el joven pensativamente—; la droga pudo hacerme decir cosas que yo hubiera preferido mantener en secreto... —De repente, chasqueó los dedos—. ¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿Qué es? —preguntaron Zena y Wolley a dúo.

—Ahora lo recuerdo... Sí, vino a verme; dijo que usted la había recomendado...

—Eso no es cierto —protestó la joven—. Yo no la he visto en los días de mi vida.

—Dijo eso como un pretexto para seducirle, hombre —terció el ladrón.

—Bueno, pero lo importante es que lo recuerdo todo, hasta el momento en que tomamos las copas... Ella tomó dos y yo apenas había probado la mía... Hubo un momento en que le volví la espalda...

—Entonces fue cuando puso la droga en su copa —adivinó Wolley.

—Ella vino espectacularmente vestida, muy... sexy.

Zena sonrió.

—Y usted se encandiló —dijo, comprensiva.

—Hombre, no soy un poste... —De pronto, Digby se volvió—. ¡Aún están allí las dos copas!

Zena hizo un ademán.

—No las toque —prohibió—. Voy a llevármelas, para analizar los restos de bebida que pueda haber en ellas y saber qué clase de droga le propinó... Flash, si recuerda a la mujer, recordará también su nombre.

—Sí, al menos, el que dio: Olga Benson, divorciada.

Wolley chasqueó los dedos.

—Me suena —dijo—. Averiguaré quién es la prójima. Ah, señorita Regmore, tome; son las píldoras que encontré en el bolso de la señora Bernson.

Zena guardó la polvera en su bolso.

—Procuraré hacer los análisis con la mayor rapidez posible —manifestó

—. Flash, cuídese; haga régimen durante un par de días. Tiene muy mala cara.

Wolley soltó una risita.

—Después de lo que pasó, el pobre...

Digby se volvió hacia el ladrón.

—Happ, voy a hacerle una proposición —dijo—. Quizá no acepte, y no se lo reprocharé..., pero ¿por qué no se va un par de días a Battingham Court y procura averiguar algunos datos interesantes?

—Buena idea —aprobó Zena, a la vez que abría su bolso—. Le daré veinticinco libras para sus gastos...

Wolley movió la mano desdeñosamente.

—El viaje está pagado —dijo—, Pero en Battingham Court me conoce el sargento de policía... Claro que, con otras ropas, un bigote postizo, unas gafas de color y un nombre falso, puedo parecer un hombre completamente distinto. Sí, iré allí, porque también tengo interés en que se aclare lo del gorila. La gente puede creerme loco..., ¡pero yo lo vi, tan bien como les estoy viendo a ustedes dos! —concluyó Wolley rotundamente.

* * *

Zena llamó por teléfono algunos días más tarde.

—Lo siento, Flash, pero no he conseguido averiguar la composición exacta de la droga. Hay barbitúricos, por supuesto, es elemental; pero también he encontrado rastros de otras sustancias que no he conseguido identificar.

—¿Será, tal vez, una fórmula propia del doctor Kell?

—Es posible, pero, aun así, aunque la fórmula fuese nueva, los elementos componentes deberían ser identificables. Lo más que he llegado a saber es que se trata de sustancias vegetales.

—Bueno, no se desanime, mujer; ya saldrá...

—A propósito, ¿ha tenido noticias de Happ?

—Aún no. Debe de seguir en Battingham Court.

—Está bien, avíseme en cuanto sepa algo.

—Con mucho gusto, Zena.

—Ah, en cambio yo he conseguido averiguar algo sobre el doctor Kell —dijo ella súbitamente.

—¿De veras?

—No se sabe gran cosa, pero la dimisión, que le fue aceptada inmediatamente, pese a su reputación, parece que se debió a un lío de faldas.

—Zena, por Dios, esas cosas, hoy día, no tienen importancia...

—Salvo cuando la perjudicada ha sido violada, tras serle propinada una fuerte dosis de droga. La cosa no se pudo probar concluyentemente, pero Kell tuvo que dimitir. Luego, a los dos días, el novio de la chica, apareció muerto en un canal. Se rumoreó que Kell había tenido mucho que ver con aquella muerte, pero no se probó nada. Kell consiguió una buena coartada. Aunque, posiblemente, fuese el autor de la violación, la noche en que se supone murió

el chico estaba con una mujer, quien declaró en su favor. Adivine el nombre de la mujer, Flash.

—Olga Bernson.

—Exactamente. Bien, hasta la vista. Llame en cuanto sepa algo del simpático Happ Wolley.

—Descuide, Zena.

Digby colgó el teléfono con gesto preocupado. ¿Qué extraña relación había llegado a unir a un científico de probada reputación con una mujer ardiente y voluptuosa, como Olga Bernson?

¿Cuáles eran los experimentos que realizaba el que Wolley había calificado de diabólico doctor Kell?

De pronto, llamaron a la puerta.

Cruzó la sala y abrió. Delante de él había un hombre, vestido con un estrepitoso traje a cuadros, corbata de lazo, gafas de color y un fenomenal mostacho.

—El señor Digby, supongo.

—Yo mismo, señor...

—John Joseph McCalloway... —De pronto, el sujeto lanzó una estentórea risotada—. Estoy cambiado, ¿eh?

Digby lanzó una exclamación de asombro.

—¡Happ!

—Estoy cambiado, ¿eh? —Wolley se quitó el sombrero y lo lanzó hacia un perchero cercano—. Traigo noticias, jefe.

—Está bien, ahora me lo contará todo. ¿Té, Happ?

Wolley hizo una mueca,

—Señor Digby, usted no me tiene aprecio —se quejó—. Al menos, podría ofrecerme cerveza...

—Tengo también whisky —sonrió el joven—. Qué casualidad, precisamente acababa de hablar con la señorita Regmore...

—Guapa de veras, ¿eh? Más que la señora Bernson, pero, claro, también son diez años menos, aunque Olga se las sabe todas en el asunto del sexo. Y en otras cosas más, por supuesto.

Digby entregó un vaso a su visitante.

—Empiece, Happ —pidió.

CAPITULO VI

—Por supuesto, el gato gigante era real. No alcanzaba el tamaño de un caballo, como alguien ha dicho, aunque sí era lo suficiente grande como para llevar en la boca y sin dificultad el cuerpo de un hombre. Se puede alegar que alguno de los testigos, hombres, claro, habían tomado una pinta de cerveza extra..., pero las mujeres que se asomaron a las ventanas cuando oyeron los gritos del pobre Ronnie Egan no habían probado gota de alcohol. Al menos, en su mayoría.

Wolley tomó un par de tragos más y continuó:

—Ella es una fulana con «pasta». Eso lo supe aquí, antes de viajar a Battingham Court. Y no es divorciada, como le dijo a usted.

—Entonces ¿por qué me engañó en ese punto?

—Lo ignoro. En cambio, lo que sí puedo decirle es que hace unos cinco años, hizo una excursión turística a África, Kenya, concretamente; ya sabe usted, safari, negros con bultos en la cabeza, un guía profesional y demás. Fueron ella y su marido. El señor Bernson se quedó en África..., bajo seis palmos de tierra.

—Muy interesante. ¿De qué murió? ¿Fiebres?

—Eso es lo que no he podido averiguar. Ella habló de un accidente de caza y así lo declararon ante las autoridades de Nairobi. En todo caso, su dinero sirvió para echar tierra al asunto, además de la que echaron sobre el cuerpo del señor Bernson.

Wolley encendió un cigarrillo.

—Y, a los treinta años, Olga se encontró joven, apetitosa y con dinero en abundancia —agregó, entre bocanada y bocanada de humo—. ¿Puede pedir algo más una mujer?

—Quizá otras cosas que ignoramos, Happ —dijo Digby—, Entonces, usted opina que el gato gigante fue una realidad.

—Absolutamente real, jefe,

—Pero entonces ¿por qué sólo encontraron sus huellas hasta el punto donde yacía el cuerpo de Egan? ¿Dónde está ahora ese gato gigante? Porque no va a decirme que le salieron alas de repente,

Wolley se encogió de hombros.

—Ese es un misterio que nadie sabe explicar..., ni tiene ganas de hablar demasiado del asunto. En la aldea hay miedo, señor Digby, muchísimo miedo.

—Sin embargo, usted ha conseguido información.

Wolley le guiñó un ojo.

—Me hospedé en la única posada —contestó—. La dueña es una viuda cuarentona, de buen ver, maciza..., y con ganas de charlar con gente educada.

—¿Sólo charlar, Happ? —preguntó Digby maliciosamente,

—Bueno, como es viuda...

El ladrón rió estruendosamente.

—Me ha invitado a visitarla de nuevo —añadió—, A decir verdad, fue ella la que me facilitó la mayoría de los datos. Pero, por desgracia, no sabe gran cosa de lo que sucede en Lexton Hall.

—Lastimoso —comentó Digby—. Happ, ¿ha averiguado algo de Leonora Halvert?

—Hace tiempo que no se la ve en Battingham Court. Solía aparecer a veces, para hacer algunas compras, pero la gente cree que abandonó el empleo que tenía en Lexton Hall.

Digby se estremeció.

—Sería preciso pensar en lo peor —murmuró.

—A mí no me extrañaría nada —dijo Wolley a la vez que se ponía en pie —. Me siento un poco cansado y, además, quiero quitarme estos ropajes.

—Tendrá que ponérselos de nuevo, si quiere volver a disfrutar de la hospitalidad de..., ¿cómo dijo que se llama?

—Emma Bryant, señor Digby. Una mujer muy estimable en todos los sentidos. —Wolley puso los ojos en blanco—. ¡Qué guisos, Señor, qué guisos! —exclamó, mientras se dirigía hacia la puerta.

El joven se echó a reír. Al quedarse solo, fue al teléfono y llamó a Zena para contarle el resultado de las pesquisas realizadas por Wolley.

* * *

Dormía plácidamente, cuando algo le despertó con brusquedad.

Happ Wolley abrió un ojo. ¿Qué era aquel ruidito?

Un extraño olor hirió su pituitaria. Era un olor fuerte, agresivo, casi picante, pero también repulsivo en extremo.

En alguna parte del dormitorio se oyó un leve chirrido. A Wolley le pareció producido por dos palos de superficie áspera, frotados uno contra el otro.

Alarmado, encendió la luz.

Entonces vio la araña.

Los ojos del artrópodo brillaban fosforescentemente. Wolley sintió que se le paralizaba el corazón.

Era un ser monstruoso, algo inimaginable... Una araña con el tamaño de un perrito pekinés y las patas en consonancia, con pelos rojizos, ásperos, duros como espinas de cactus...

El tamaño, sin embargo, no parecía afectar a la movilidad de la araña. Antes de que el aterrado Wolley pudiera intentar el menor movimiento de defensa, ya la tenía sobre su pecho.

El miedo fue más fuerte que él y le hizo perder el conocimiento. En cierto modo, fue una muerte piadosa, porque ya no sintió el dolor de las heridas que le causaban los artejos de la bestia al morder su cuello,

Al día siguiente, la patrona de Wolley, extrañada por su tardanza en salir de su habitación, abrió la puerta y se encontró con un espectáculo

horripilante.

El cuarto era un lago de sangre casi completamente seca. Wolley yacía en su lecho, con una horrible herida en el cuello y los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en el techo. La patrona contempló la escena durante un segundo, emitió luego un agudísimo chillido y, finalmente, acabó por desmayarse.

La policía no tardó en hacer acto de presencia. El forense, avisado oportunamente, examinó las heridas del cuello y dijo que parecían hechas con unos alicates de bordes aserrados, una herramienta muy poco común, por cierto. La muerte había sobrevenido por anemia, a causa de la hemorragia.

Uno de los policías vio una araña muerta en un rincón, un animal bastante grande, aunque no como una tarántula ni mucho menos. Nadie concedió la menor importancia a la presencia del artrópodo muerto, salvo el sargento encargado del caso, que hizo un feroz comentario acerca de la falta de higiene de algunas personas en particular y, muy especialmente de cierta mujer que tenía una pensión para huéspedes:

—Lo raro es encontrar solamente una araña: esto parece el lugar ideal para criar toda clase de bichos...

Pero era un tema que no merecía demasiada atención. Lo importante era averiguar las causas de la muerte de Wolley y encontrar al culpable, porque había algo seguro: no se trataba de un suicidio.

* * *

Había algo bueno en la profesión que Digby había dejado de ejercer momentáneamente, y eran las amistades que aún conservaba. Gracias a sus amigos, pudo obtener interesantes detalles sobre la vida y milagros de Olga.

Aquella tarde, veinticuatro horas después de la visita de Wolley, llamó a la puerta del apartamento en que vivía Zena. La muchacha abrió, sorprendiéndose grandemente de la presencia de Digby en su casa,

—Flash, ¿qué sucede? —preguntó.

—Quiero hablar con usted. He estado trabajando hasta hace poco y vine a su casa directamente. Me pareció mejor que hacerla venir a la mía..,

—Entre —invitó ella.

Digby la contempló a su sabor. Zena vestía ahora una blusa holgada y pantalones de color claro. El pelo estaba agradablemente suelto, con una deliberada apariencia de descuido, que la hacía aún más atractiva.

—¿Qué quiere tomar? —consultó Zena.

—Un par de dedos de whisky, con un cubito de hielo.

Ella reparó en el sobre de gran tamaño que Digby tenía en las manos.

—¿Más información? —preguntó.

—Sí.

—Olga?

—En efecto.

Zena le entregó el vaso. Digby tomó un sorbo y luego sacó una gran fotografía impresionada cinco años antes.

—Olga hizo un safari en Kenya, con su esposo. Regresó viuda —dijo él.

Zena contempló largamente la fotografía. Olga aparecía allí, junto a su esposo, un hombre de unos cuarenta años, muy alto y fornido, a juzgar por las tallas de las otras personas que aparecían en la imagen. Había un par de hombres blancos, ambos empuñando sendos rifles, con las culatas en el suelo, lo que permitía establecer mejor la perspectiva real de las estaturas de los componentes del grupo.

Olga era también muy alta. Y realmente hermosa.

—Muy guapa —comentó Zena a media voz.

—Aquí, en el sobre, tengo fotocopias de los artículos que se publicaron en la prensa respecto al safari en el que Richard Bernson perdió la vida. Según parece, murió de unas fiebres causadas por una extraña infección. Un pinchazo con una espina o algo por el estilo. Ella también estuvo enferma, pero se recuperó.

Zena tenía los ojos fijos en la fotografía.

—Y volvió a Inglaterra…

—A disfrutar de la fortuna de su esposo.

—No acabo de entenderlo, Flash. Ella es joven todavía, tiene unos treinta y cinco años; posee dinero en abundancia... ¿Por qué ha de residir en un lugar tan apartado como Lexton Hall? Sabiendo que es tan... casquivana, podría pensarse que no siente deseos de salir de su cómoda viudez, pero resulta extraño que prefiera vivir tan lejos de Londres, en un sitio tan solitario..

—Vive con Kell, no lo olvides.

Zena hizo una mueca.

—Sólo conozco a Kell profesionalmente, pero, con sinceridad, no es la clase de hombre que me gustaría tener constantemente a mi lado.

—Cada persona es un mundo distinto, Zena —dijo Digby filosóficamente.

—A pesar de eso. Si Olga es la clase de mujer que pensamos, y tenemos motivos fundados para opinar de este modo, Kell no es el hombre ideal para ella. Es más, pienso que es de la clase de mujeres que no se contentarían con un solo hombre.

Se volvió hacia el joven y sonrió.

—Tú estuviste con ella —agregó, tuteándole—. ¿Sigue tan guapa?

—Muy hermosa —admitió Digby—. Pero...

—¿Sí, Flash?

—¿Era ella la auténtica Olga Bernson?

—¿Lo dudas? Wolley te lo dijo claramente...

—Espera un momento. Fíjate en la fotografía.

—Sí, ¿qué pasa?

—Olga está junto a su marido. Por los rifles y la diferencia de tallas con las otras personas, pueden deducirse las estaturas respectivas. Yo apostaría algo a que Richard Bernson no medía menos de un metro ochenta y cinco de

estatura. Ella aparece aquí con botas altas, lo que significa tacones corrientes..., y se ve una mujer altísima, de un metro setenta y cinco centímetros.

—Yo mido uno setenta y dos —dijo Zena.

—Mi estatura es diez centímetros superior a la tuya. La proporción entre los Bernson, según la fotografía, tomada hace cinco años, es aproximadamente la misma.

—Bien, pero ¿qué significa esto, Flash?

—La mujer que estuvo conmigo y me narcotizó no medía más de un metro sesenta, Zena.

Hubo una pausa de silencio. Zena tenía los ojos fijos en el rostro de su visitante.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuvimos juntos. Ella se acercó... Bueno, abreviando, yo la abracé... Llevaba zapatos de tacón muy alto, diez centímetros, al menos.

—Eso hace un metro y setenta centímetros en total, Flash.

—Justamente. Un hombre que conozca su estatura, puede saber la de la mujer que tiene en brazos, ¿no es cierto?

—Su frente vendría a quedar a la altura de tu boca.

—Más o menos. Pero si Olga tuviese la estatura con que aparece en la fotografía y usara aquellos zapatos, casi resultaría más alta que yo. ¿Cómo se comprende esto, Zena?

Ella guardó silencio unos momentos.

—No puedo contestarte ahora —dijo al cabo—. Todo esto resulta muy extraño...

—Tan extraño como la muerte de Wolley.

Zena lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué dices, Flash?

—Happ Wolley ha aparecido esta mañana, en su cuarto, con la garganta abierta.

La joven palideció.

—¡Un asesinato! —exclamó.

—Esa es la opinión de la policía, pero, hasta el momento, no hay el menor indicio que permita suponer siquiera sea aproximadamente la identidad del asesino —respondió Digby.

CAPITULO VII

Cuando abrió la puerta de su apartamento, Digby se encontró con la sorpresa de ver que tenía un extraño visitante.

Era la clase de persona más alejada de sus pensamientos en aquellos instantes. Ni siquiera se preguntó cómo había entrado aquel hombre en su casa, tan aturdido se sentía.

Tratábase de un individuo gigantesco, de piel negra, brillante como el ébano, fuerte, tremendamente musculoso, tocado con un bonete de vivos colores y una túnica blanca, con orlas en las que se apreciaban los mismos dibujos geométricos que en el bonete. El brazo izquierdo aparecía desnudo y en él se veía un brazalete de metal repujado, que parecía de oro.

Pendiente del cuello, por un cordón que parecía hecho con pelo de animal, llevaba un aro de madera oscura, de unos seis centímetros de diámetro. La anchura de la madera era de un centímetro y en ella se advertían talladas unas extrañas inscripciones.

El negro se inclinó profundamente.

—Ruego mil perdones por mi intromisión en esta casa, pero al ver que su dueño no estaba, me permití el atrevimiento de entrar y esperar su regreso —dijo con voz grave y bien modulada, en un inglés perfecto.

Digby hizo un gesto condescendiente con la mano.

—No tiene importancia, amigo —contestó—. En los últimos tiempos, todo el mundo entra aquí sin llamar.

—¿Cómo? —preguntó el visitante.

Digby se plantó ante él.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Mi nombre es Wawoo, señor Digby. Porque supongo que es el señor Digby el que tengo delante de mí.

—En efecto. Wawoo..., ¿qué más?

—Es suficiente, señor.

—Muy bien, a su gusto. Y ahora, dígame, señor Wawoo, ¿en qué puedo servirle?

—Tal vez a usted le interesen detalles sobre cierto safari que se efectuó hace cinco años en Kenya.

Digby se puso rígido instantáneamente.

—¿Cómo sabe que puede interesarme lo que pasó en ese safari? —preguntó.

Una sonrisa enigmática apareció en los labios del visitante.

—En África hay cosas misteriosas, que los blancos no han conseguido descifrar y que no conseguirán jamás —respondió Wawoo—. Yo he sabido que tenía interés por ese safari. Para usted debe ser suficiente, señor Digby.

—Si ésa es su opinión...

Digby se acercó a una consola y destapó uno de los frascos de vidrio.

—¿Le apetece algo de beber, señor Wawoo?

—Bueno...

El keniata observo la sorpresa en el rostro de Digby y se echó a reír.

—A estas alturas, ¿se sorprende que un hombre de mi raza se porte civilizadamente?

—Bueno, me siento un poco desconcertado... Todavía no he digerido bien su presencia aquí, señor Wawoo. Le ruego me disculpe, amigo mío.

—No tiene importancia. Pero íbamos a hablar del safari.

—Usted es el que tiene que hablarme del asunto —puntualizó Digby, a la vez que se acercaba a Wawoo con dos vasos en las manos—. Empiece cuando guste, soy todo oídos.

—Yo no formaba parte del safari en un principio. Luego me uní a la expedición, por desgracia para mi hermano, demasiado tarde.

—Ah, tenía un hermano, deduzco.

—Su nombre era Hawoo y casi podía pasar por mi gemelo, a pesar de que tenía cuatro años menos que yo. Era listo, inteligente..., jefe de porteadores... Murió por culpa de una mujer blanca.

Digby bebió un trago de whisky.

—Siga, siga, amigo mío —invitó, mientras abría la cigarrera,

—Usted, tal vez, como hombre blanco que es, encuentre extraño mi observación, pero Hawoo era un hombre guapo, fuerte, muy varonil, con gran predicamento entre las mujeres jóvenes de la tribu. Y también entre las blancas, todo hay que decirlo. Sin embargo, Hawoo era muy prudente y no quería compromisos con una mujer de raza distinta Al menos, con cierta clase de mujeres blancas.

—Empiezo a sospechar lo que pasó —dijo el joven.

—Aquella mujer blanca, la señora Bernson, se encaprichó de mi hermano. Yo sé, por los otros porteadores, que Hawoo resistió siempre las descaradas insinuaciones que le hacía la señora Bernson. Hawoo se mantuvo firme, pero ella, al fin, despechada, le tendió una trampa.

—¿Qué trampa?

—El marido la encontró desnuda en la tienda de mi hermano.

—Oh —murmuró Digby.

—Las tiendas de los porteadores estaban algo separadas. Mi hermano se había duchado: en los vehículos llevaban toda clase de utensilios para hacer el safari más cómodo, entre ellos, una bomba que sacaba agua del río, para enviarla a las duchas. Hawoo se duchó, salió con una toalla envuelta alrededor de las caderas, fue así a la tienda, como solía hacerlo siempre..., y se encontró con la señora Bernson.

—Y el marido llegó en aquel mismo instante.

—Sí. Hawoo no se había dado cuenta de nada y se quitó la toalla. Entonces, la señora Bernson levantó las mantas bajo las que se había ocultado y se puso en pie, desnuda. ¿Qué piensa un marido cuando ve a su mujer, desnuda, en compañía de otro hombre, también sin una sola prenda de ropa

encima?

—Bueno, aparte de que el color de la pie! no importa...

—En este caso, sí. El señor Bernson era muy puritano en este aspecto. Había un par de guías blancos y la cosa no habría pasado a mayores, si su esposa hubiera sentido deseos de acostarse con uno de los guías. Pero, ah, mi hermano era algo muy distinto: era un negro. Para ustedes, los británicos, todavía hay barreras insalvables..., y algunos conservan todavía su viejo espíritu imperialista.

—Le doy toda la razón, amigo Wawoo. Pero ¿qué pasó después?

—Oh, el señor Bernson no hizo nada de momento. Pero por la noche, sorprendió a mi hermano y, a punta de revólver, se lo llevó lejos del campamento. Allí lo ató a un árbol y lo azotó salvajemente. Hawoo murió al amanecer.

—Wawoo, en Kenya hay autoridades que castigan los crímenes, cualquiera que sea su autor —dijo Digby.

—Los guías prefirieron callar. Bernson tenía mucho dinero, ¿comprende? En cuanto a los porteadores... Bien, yo llegué aquel mismo día y ordené silencio absoluto a los hombres de mi raza. Ciertamente, Bernson pareció arrepentirse, pero el mal estaba ya hecho. Y entonces yo decidí tomar mi venganza.

Los dos hombres se habían sentado el uno frente al otro. Digby adelantó el torso.

—¿Qué venganza, Wawoo?

—Bernson se pinchó con una espina.

—¿Y su mujer? Fue la causante de todo, a fin de cuentas.

Wawoo enseñó los dientes blanquísimos en una sonrisa extraña.

—Ella vio morir a su esposo. Pero no era conveniente que muriese rápidamente.

—¿Por qué?

—Usted la entenderá algún día. Ella es mala, señor Digby, muy mala, un verdadero espíritu del mal. Nosotros, los africanos, tenemos poderes que para los blancos resultan inexplicables. Por eso he sabido que se interesa usted por la señora Bernson.

—Tengo motivos...

—Lo sé —cortó Wawoo. De pronto, se descolgó del cuello aquel aro de madera—. Llévelo constantemente, le preservará de todo el mal que pueda provenir de esa mujer demoníaca.

Digby tomó el amuleto. No era supersticioso, pero no quería herir en absoluto los sentimientos de su visitante.

—No volveremos a vernos más —agregó Wawoo—, a la vez que se ponía en pie con aquel aire lleno de majestuosidad—. Sin embargo, puedo predecirle que, en cierto modo, usted será el instrumento de mi venganza.

—Wawoo, ella vive todavía...

—Sí, porque no merecía morir tan rápidamente como su esposo.

—Bernson murió de unas fiebres infecciosas... ¡Causadas por una espina! —exclamó el joven.

El hombre de Kenya sonreía.

—Mis compatriotas, callaron, porque sabían que era su obligación y, además, comprendían perfectamente los motivos de mi venganza —dijo—. En cuanto a los guías blancos, el no haber tomado una decisión con respecto al asesinato de mi hermano, el aceptar el soborno de Bernson para guardar silencio, fueron causas de que, aún hoy día, sigan con los labios cerrados acerca de lo que vieron después de la muerte de Bernson.

—¿Qué vieron, Wawoo?

—El cuerpo de Bernson quedó de un tamaño increíblemente pequeño.

Wawoo movió una mano ante el rostro de Digby. El joven se vio envuelto en una extraña niebla. De pronto, se sintió muy cansado y se sentó en el diván. Cerró los ojos y se sumió en un blando y apacible sueño.

* * *

Cuando despertó, a la mañana siguiente, se encontró en su cama, con el pijama puesto. Pasaron algunos minutos antes de que recordase en toda su plenitud la conversación sostenida con el hombre de Kenya.

Estaba en la cama, sin duda, porque se había movido en sueños, sometido momentáneamente al influjo del poderoso cerebro de Wawoo. Y no se trataba de una visión producto de su fantasía.

El arco de madera descansaba sobre su pecho. Lo acarició con los dedos y notó un confortable calorcillo. ¿Era cierto que Wawoo tenía poderes extraordinarios?

De pronto, reaccionó y saltó del lecho. Fue a la ducha, desayunó luego con gran apetito y, al finalizar, llamó a Zena.

—Tengo noticias, pero me gustaría comunicártelas personalmente —manifestó.

—¿Son interesantes?

Digby se echó a reír.

—Tan interesantes..., que conozco al detalle lo que sucedió en el safari que los Bernson realizaron a Kenya.

—Oh, Flash, esta mañana tengo un trabajo importantísimo entre manos... Es absolutamente preciso que lo termine.

—Comprendo —dijo él, un tanto decepcionado.

—Pero puedes venir a mi casa y cenaremos juntos. He decidido tomarme un par de semanas de vacaciones.

—Esto es maravilloso. ¿A qué hora, Zena?

—¿Las siete?

—A las siete en punto estaré allí.

Digby colgó el teléfono. Estuvo pensativo unos momentos. Luego, de pronto, se le ocurrió una idea.

Tuvo que recurrir a la compañía telefónica. Para sorpresa, y agradable por cierto, Lexton Hall disponía de teléfono.

Media hora después, estaba en comunicación con Lexton Hall.

—Deseo hablar con la señora Bernson —dijo a la mujer que había atendido su llamada. Debía de ser alguna asistenta, supuso.

Transcurrió casi un minuto. Luego, oyó la voz de Olga:

—¿Quién es?

—Digby.

El joven captó una apagada exclamación de sorpresa.

—Flash Digby —dijo Olga a continuación.

—El mismo. Oye, deseo hablar contigo...

—Aquí, no, por favor.

—Bien, entonces dime el lugar y la hora...

—Escucha, Flash, precisamente yo tenía intención de ir mañana a Londres. ¿Por qué no me aguardas en tu propia casa, hacia el mediodía?

—Muy bien, a tu gusto.

—Ten preparada una botella de champaña —dijo Olga con acento lleno de insinuaciones.

—La mejor marca —prometió él.

En Lexton Hall, Olga volvió el teléfono a su sitio. En el centro de su frente había una pequeña arruga.

La voz de Kell sonó de pronto a sus espaldas:

—¿Con quién hablabas, querida?

Ella se volvió rápidamente.

—Digby—contestó, lacónica.

—Oh, no dio resultado...

—Al parecer, no.

—Incluso ha adivinado que vives aquí.

—Pudo decírselo Wolley, ¿no me crees?

—Es muy probable. —Kell sacó un cigarrillo y lo encendió con aire displicente—, ¿Qué piensas hacer, Olga?

—Digby es muy simpático..., pero también puede constituir un peligro para nosotros.

—Sobre todo, para ti.

—Para los dos —exclamó ella, furiosa—. Argus, necesito que me prepares algo.

—¿Qué sugieres?

Olga meditó unos instantes.

—He visto un animalito precioso en una de tus jaulas...

—Cuidado, es de los más peligrosos que tengo.

—Tú sabrás prepararlo bien, ¿verdad?

Kell la miró fijamente.

—A veces me pregunto si no serás un demonio —murmuró.

—Un demonio encantador —sonrió Olga cínicamente—. Pero no tengo

poderes para curar mi dolencia...

Y no parece que tú consigas demasiados éxitos...

—Al menos, se ha estabilizado en el último año —se defendió él—. Pero necesito hacer experimentos constantemente y yo no dispongo del tiempo suficiente, porque sólo tengo dos manos, dos piernas, un cerebro...

Olga hizo un gesto despectivo.

—Si lo que buscas es contratar una ayudante guapa y atractiva como Leonora Halvert, la respuesta es no —dijo.

—¿Tienes celos de mí, tú, la mujer que nunca tuvo suficiente con un solo hombre?

—No son celos, sino egoísmo. Quiero que te apliques eficientemente a tu labor, cosa que no sucedería si hubiese aquí otra mujer hermosa, Y sabes muy bien que no puedes negarte. Yo moriría, en efecto, pero..., ¿sabes lo que podría pasarte a ti?

Kell aplastó el cigarrillo contra un cenicero.

—Lo sé de sobras —contestó—. ¿A qué hora partes hacia Londres?

—Saldré ahora mismo —respondió ella resueltamente.

—Muy bien, voy a prepararte el envío, en las mejores condiciones para el viaje —dijo Kell.

CAPITULO VIII

Digby se limpió los labios con la servilleta y, satisfecho, se reclinó en el respaldo de la silla, mientras miraba sonriente a su bella anfitriona.

—Zena, ¿has preparado el menú según alguna fórmula de tu laboratorio? —preguntó.

Ella se echó a reír. Tenía una risa franca, clara, agradable.

—Es la fórmula de mamá —contestó—. Me la enseñó cuando era una jovencita...

—Entonces, hay que felicitar a la autora de la fórmula..., y a su hija, por tener tan excelente memoria. Y ahora, el invitado, se ofrece a colaborar en la limpieza de la vajilla...

—No te preocupes; tengo lavaplatos, pero ya los lavaré luego. Siéntate en el diván; el café estará en seguida, ¿Te apetece algún licor?

—Un poco de brandy, si tienes.

—Claro.

Mientras se movía por la estancia, Digby contempló furtivamente a la muchacha. ¿No había tenido nunca un pretendiente? Zena estaba encantadora, con un traje de colores claros, pero no estridentes, manga corta y falda que quedaba justo por encima de la rodilla. Mentalmente alabó el buen gusto de la joven; así podía él contemplar aquellas hermosas piernas, largas y bien torneadas.

Zena vino minutos más tarde y se sentó a su lado.

—De modo que Olga va a venir mañana a visitarte —dijo.

—Bien, ésas son sus intenciones, al menos, según lo que ha manifestado por teléfono.

—¿Qué le dirás tú?

—Realmente... —Digby tomó un sorbo de café—. Es difícil entrar en materia. A decir verdad, es un asunto que puede decirse no nos interesa...

—Salvo en la desaparición de Leonora, Presiento que murió allí, en Lexton Hall.

—Sin una prueba concreta o, por lo menos, con sospechas muy fundadas, no se puede hacer intervenir a la policía.

—Sí —convino ella—. Flash, me gustaría haber estado presente cuando hablaste con Wawoo. Debe de ser un personaje interesantísimo.

—Exótico —dijo Digby—. Pero también muy impresionante.

Digby había contado a la muchacha lo que Wawoo le había relatado respecto al safari de los esposos Bern- son. Zena se había sorprendido enormemente de aquella inesperada visita.

—Así pues, Wawoo hizo morir a Benson como venganza por el cruel asesinato de su hermano —musitó.

—Lo declaró de modo que no hay lugar a dudas. Pero ¿cómo hacer nada en su contra? No hay pruebas y el hecho sucedió a miles de kilómetros de este

país. Por otra parte, es preciso contemplar el hecho con la óptica peculiar de los hombres de África..., de ciertas regiones de África.

—Wawoo posee facultades sobrenaturales. ¿Magia negra?

Digby hizo un gesto con las manos.

—Eso es algo que los blancos no comprenderemos jamás —contestó—. Lo que más me impresiona es el hecho de que el cuerpo de Bernson se redujese enormemente de tamaño después de su muerte.

—¿Qué sucedió? —preguntó Zena.

—Wawoo no dio explicaciones al respecto. Si se las hubiese pedido, y suponiendo que él hubiese accedido a darlas, habría dicho que era cosa de sus poderes mágicos. Sin embargo, hay algo que me preocupa enormemente.

—¿Qué es?

—Wawoo dijo que, en cierto modo, yo sería el instrumento de su venganza. Zena, eso es algo que no me gusta en absoluto.

—Puedes hablar con él...

—¿Cómo? ¿Dónde encontrarlo? Me hipnotizó y salió sin que yo me diese cuenta,.., pero no me gustaría que parte de esa hipnosis continuase fija en el fondo de mi mente; no me gustaría que Wawoo, por ejemplo, me hubiese infiltrado la orden de matar a Olga cuando la vea. Esa mujer puede ser culpable, de acuerdo; pero yo no voy a ejecutar la venganza por un asunto en el que no tuve la menor parte.

—¿Por qué no consultas a un psiquiatra...?

Digby rechazó la idea.

—No —repuso—. En el fondo, creo que Wawoo es mejor de lo que pensamos. No puedo creer que él me ordene matar a una mujer, cuando podría hacerlo por sí mismo con toda facilidad. Además, dijo que Olga no merecía morir rápidamente, como su esposo...

—Te daré un consejo —sonrió Zena—, Tómate esta noche un sedante y así dormirás bien. Mañana te sentirás más descansado y habrán desaparecido todas tus preocupaciones.

—Sólo hasta que vea a Olga entrar por la puerta de mi casa.

En aquel momento sonó el teléfono. Zena se puso en pie.

—Dispénsame —murmuró.

Digby tomó un sorbo del brandy que le había servido la joven. Zena se acercó al teléfono y levantó el aparato.

—¿Si?

—¿Señorita Regmore? Soy el doctor Bradhill...

—Ah, hola, doctor. ¿Sucede algo?

—Tengo entendido que va a comenzar usted unas vacaciones.

—Pues sí, en realidad, podría considerarse que ya se han iniciado...

—Le ruego me disculpe, señorita. Por favor, me gustaría que acudiese mañana a mi cuarto de trabajo. Tengo que enseñarle algo muy interesante; será solamente cuestión de media hora a lo sumo y no representará ninguna tarea posterior para usted. ¿Vendrá a las nueve?

—Está bien, doctor —accedió ella, sonriendo—; pero le dejaré a las nueve y media en punto.

—De acuerdo. Mil gracias, señorita Regmore.

Zena colgó el teléfono y volvió junto a su huésped.

—Era el doctor Bradhill, mi jefe. Dice que quiere mostrarme algo de interés, aunque no ha dado más detalles...

—¿Es cierto que has empezado tus vacaciones?

Los ojos de la muchacha destellaron un instante.

—Dos semanas —contestó.

Digby se reclinó en el diván y la miró fijamente.

—Zena, dime, ¿no has tenido nunca pretendientes?

Ella rió alegremente.

—¡Uf, a montones! —contestó.

—Pero sigues soltera,

—Estoy muy bien así.

Digby meneó la cabeza.

—Por favor, anótame en la lista del último de tus pretendientes y avísame cuando me llegue el turno, ¿eh?

—Lo tendré en cuenta —respondió la muchacha—. Pero no quiero aceptar ningún compromiso, aparte de que no hay perspectivas al respecto, hasta tanto no haya conseguido mi doctorado.

—Y eso..., ¿tardará mucho?

—Unos meses todavía, Flash.

—Bueno, el tiempo irá eliminando a los pretendientes menos tenaces. Yo persistiré.

—¿Hasta cuándo?

—Toda la vida —contestó, muy serio.

* * *

Digby dio media vuelta en la cama y siguió durmiendo. Pese a las recomendaciones de Zena no había tomado ningún sedante. Era cosa que no le gustaba, salvo en casos muy especiales. Había leído un rato y eso fue suficiente para que se durmiese sin dificultades.

Su sueño era tranquilo, profundo; por eso no oyó que se abría la puerta muy lentamente.

Alguien, pisando de puntillas, llegó hasta el dormitorio y dejó en el suelo una gran caja. Levantó uno de los costados, en forma de puerta corredera, inclinó la caja y saltó rápidamente hacia atrás.

Digby se quedó a solas con el pequeño monstruo. Momentos después, volvió a moverse en la cama y quedó boca arriba. Maquinalmente, tocó con la mano el aro de madera, que quedó en el centro de su desnudo pecho. Luego se rascó en sueños el costado derecho, levemente dolorido a causa de la presión que la carne había ejercido contra el aro.

Algo trepó lentamente por la cama y se detuvo sobre su pierna izquierda. Digby se agitó un poco. La bestia siguió su marcha con gran lentitud.

De pronto, Digby notó un extraño peso en el cuerpo. En el mismo instante, percibió un olor acre, picante, repulsivo. Algo brilló a corta distancia de sus ojos. Eran las pupilas de la bestia, cuyas patas delanteras, que no podía distinguir bien, a causa de la oscuridad, se movían de un modo ominoso.

Helado de terror, extendió la mano derecha muy lentamente y encendió la luz. Inmediatamente, se puso a sudar.

Era algo verdaderamente horrible, una cosa que jamás hubiera soñado ver en los días de su vida. El escorpión, cuya cola, dotada de la uña mortífera, se agitaba lentamente adelante y atrás, tenía el cuerpo de una langosta grande. Las patas eran de unas dimensiones proporcionadas, pero Digby calculó que, en el peor de los casos, aquel artrópodo no medía menos de setenta centímetros desde la cabeza a la letal punta de su cola.

Las pinzas delanteras, tan semejantes a las de una langosta, se movían lentamente hacia afuera y hacia adentro y sus tenazas, al entrechocar, hacían un ruido espacial, chirriante, que crispaba los nervios.

Digby se sentía paralizado por el terror. Aun así, pensó que quizá el animal no le atacaría si permanecía absolutamente inmóvil. Tenía la chaqueta del pijama casi completamente abierta. Medio palmo más adelante y el artrópodo se encontraría en la posición ideal de ataque.

El escorpión avanzó unos centímetros más. De pronto, la pinza izquierda rozó el aro de madera.

La bestia retrocedió vivísimamente, como si hubiese rozado un cable eléctrico. Digby aprovechó la circunstancia y, con la mano izquierda, movió las ropas de la cama hacia aquel lado. El escorpión voló por los aires, rodó un par de veces sobre sí mismo, agitando furiosamente las patas y la cola, y luego volvió a quedar en situación normal.

Digby buscó con la vista algún arma con la que atacar a la bestia. En caso necesario, le arrojaría la mesilla de noche...

Súbitamente, ocurrió algo increíble.

El escorpión dio un salto convulsivo. Luego, con enorme rapidez, disminuyó de tamaño. Mientras se producía aquel velocísimo decrecimiento, el artrópodo se movía con horribles sacudidas.

Al cabo de unos segundos, se quedó quieto.

Digby se pellizcó con fuerza. ¿Estaba soñando?

Paso a paso, se acercó a la bestezuela muerta. Su tamaño, ahora, no alcanzaba los diez centímetros.

Para convencerse de que no había soñado, fue al baño y metió la cabeza bajo el grifo del agua fría. Cuando regresó, el escorpión continuaba en su sitio.

Reflexionó durante unos minutos. Al fin, optó por hacerse un poco de café. Luego buscó una cajita vacía.

* * *

Zena se sorprendió enormemente cuando, al salir de su casa, muy temprano, vio a Digby aguardándola en la puerta, junto a su coche.

—¡Flash! ¿Qué haces aquí? —exclamó.

—Anoche te oí decir que ibas a visitar al doctor Bradhill, que es tu jefe.

—Sí. —Zena se ajustó maquinalmente al hombro la correa de la que pendía su bolso—. Pero no creo que tú...

—Sospecho que esa visita puede tener también interés para mí —manifestó el joven—. De todos modos, hablaremos durante el trayecto. Si mi relato no te convence, aguardaré fuera. ¿Te parece bien?

—Claro —sonrió ella.

Zena se echó hacia atrás un mechón de su pelo y se inclinó para abrir la portezuela del coche. Ahora usaba de nuevo chaqueta y pantalones, el indumento adecuado para acudir al lugar donde trabajaba.

Digby se sentó a su lado. Entonces, destapó la cajita de cartón que tenía en las manos.

Ella emitió un chillido.

—¡Flash! Aparta de mi vista esa horrible cosa... —Le miró, enojada—. Ciertamente, no pensé que fueses un hombre capaz de dar bromas de tan mal gusto. ¿Tienes la bondad de apearte de mi coche?

—Aguarda un momento —pidió él—. No juzgues sin antes oírme, pero puedo hablar durante el trayecto.

Digby tapó la caja de nuevo.

—El escorpión está muerto —agregó, a la vez que se ponía un cigarrillo en los labios—. Esta madrugada, hacia las tres, medía unos setenta centímetros de largo y yo lo tenía sobre mi pecho semidesnudo.

—Flash, por favor, no me cuentes relatos de miedo...

—Es la pura verdad —dijo él, muy serio—. El escorpión, luego, en menos de un minuto, quedó tal como lo has visto.

—Eso es absolutamente imposible. Sin duda, lo has soñado, Flash. Yo no digo que alguien dejara ese horrible bicho en tu casa, pero al verlo, pensaste, tal vez entre sueños, que tenía un tamaño muchísimo mayor y has llegado a un punto en que la ficción te parece realidad.

—No hubo tal ficción, Zena. Y no tomé ningún sedante, cuyos efectos, al despertarme antes de tiempo, habrían podido tal vez influir en mi mente. El escorpión medía setenta centímetros desde la cabeza...

—Cefalotórax —corrigió ella.

—Lo mismo da. Setenta centímetros, Zena. Y ¿sabes lo que me ha hecho pensar este suceso?

—Dime, Flash.

—No hubo alucinación en los vecinos de Battingham Court. Vieron un gato gigante..., y un gato gigante es el que llevaba entre sus fauces el cuerpo de Ronnie Egan.

CAPITULO IX

El doctor Bradhill se sorprendió un poco por la presencia de Digby, pero no formuló ninguna objeción de relieve.

—Sin embargo, debo pedirle absoluta reserva, al menos por el momento —dijo.

—Cuente con ello, doctor —contestó el joven.

—Bien, entonces, vamos a empezar. Lo primero que deben ver es una araña muerta.

El artrópodo estaba -en un frasco lleno de alcohol.

—Es un tipo común, tal vez un poco mayor de lo ordinario, aunque no tanto como una tarántula venenosa —continuó Bradhill—. Sin embargo, su picadura, en los raros casos en que esto sucede, puede resultar molesta, algo más que la de un mosquito y menos que la de una abeja, Ahora, por favor, vean esta fotografía,

Zena lanzó una exclamación de horror. Como periodista, Digby había visto heridas aún peores, pero no por ello dejó de mostrarse interesado por la imagen de su amigo Wolley, muerto a consecuencia de aquellas espantosas mordeduras que habían provocado la hemorragia fatal.

—Al doctor Wharton, el forense, buen amigo mío, le chocaron estas heridas. En un principio, pensó que el instrumento mortífero habían sido unos alicates con bordes cortantes y aserrados. Pero es una herramienta absurda; o se corta o se sierra... Se usan alicates o se emplea un serrucho. Por tanto, empezó a pensar.

»El sargento Gwinkle, encargado del caso, vio la araña muerta en un rincón de la casa. Como buen policía, se la llevó, por si tenía alguna relación con el suceso. El doctor Wharton lo supo y se la pidió.

»Tomó moldes en yeso de las heridas, impresionó fotografías de los artejos del arácnido y las hizo ampliar hasta que tuvieron el tamaño exacto de las heridas y comprobó que los bordes correspondían exactamente con esos órganos del cuerpo del artrópodo.

Bradhill hizo una pausa antes de continuar:

—Mi amigo se quedó notablemente perplejo, porque le resultaba incomprensible lo sucedido. No obstante, al realizar el examen patológico de las vísceras del difunto, encontró rastros de una sustancia tóxica, que resultó ser veneno de araña. Tal vez Happ Wolley murió envenenado por esas picaduras..., o quizá la hemorragia actuó antes. Pero no cabe duda de que fue atacado por una araña gigante..., momentáneamente gigante.

Zena cambió una mirada con Digby. El joven asintió.

—Señorita Regmore, usted trabajó cierto tiempo con el doctor Kell —dijo Bradhill.

—Fui su discípula y efectué algunos trabajos de laboratorio, antes de conseguir el empleo actual —contestó la muchacha.

—El doctor Kell experimentaba sobre las posibilidades de aumentar el tamaño de ciertos seres vivos.

—Sí, animales domésticos, sobre todo.

Bradhill señaló la araña conservada en alcohol.

—El doctor Wharton encontró en ese animal restos de sangre que corresponden exactamente con la de la víctima —declaró—. ¿Por qué mil diablos, y perdonen la expresión, ese hombre se ha dedicado a «gigantizar» así a bestias inmundas? —añadió coléricamente.

—Pero la araña tiene ahora un tamaño normal...

—Porque no pudo resistir el aumento a que había sido sometida artificialmente y murió, después de atacar a su víctima.

—Una víctima previamente designada, como yo —intervino Digby.

Bradhill se volvió hacia el joven.

—¿Decía usted...?

Digby puso la cajita que tenía en las manos sobre la mesa y levantó la tapa.

—Hoy, a las tres de la madrugada, este escorpión medía setenta centímetros de longitud, desde los quelíceros situados en el cefalotórax, es decir, en una punta, hasta la otra, en el aguijón venenoso.

—¡Sorprendente! —Exclamó Bradhill—. ¿Cree usted, señor Digby, que esto puede ser obra del demoníaco doctor Kell?

El joven hizo un gesto vago.

—¿Por qué él, precisamente? Tal vez un discípulo suyo, se apropió de sus conocimientos...

—Es posible. Señorita Regmore, de todos modos, me gustaría hablar con Kell. ¿Sabe usted dónde vive?

Zena tuvo la respuesta en la punta de la lengua, pero, considerando las evasivas palabras de su acompañante, hizo un gesto negativo.

—No, no tengo la menor idea —mintió.

—De todas formas, gracias por su visita. Señor Digby, ¿puedo quedarme con el escorpión?

—Oh, claro, será un placer...

Momentos después, abandonaban el laboratorio.

* * *

Digby exhaló un profundo suspiro al hallarse en el exterior.

—Me siento mucho mejor —confesó—. Pero ¿qué debió sufrir el pobre Wolley cuando se vio la araña gigante sobre su pecho?

—Debió de ser horrible, en efecto. En cambio, a ti, no te atacó...

Digby hizo oscilar entre sus dedos el aro de madera que le había entregado Wawoo.

—Creo que esto me salvó la vida —dijo—. El escorpión rozó la madera y retrocedió como si hubiese tocado fuego. Luego yo lo arrojé al suelo y, a los pocos instantes, murió. ¿Por qué, Zena?

—Se me ocurre una posibilidad, Flash. —Ella insertó la llave de contacto en su coche—. ¿Recuerdas los globos de feria?

—Sí... —Digby la miró, extrañado—, Pero no veo la relación que hay entre un globo de feria y...

—Sí la hay. Deshinchado, el globito de goma no tiene más de diez o doce centímetros de largo. Cuando se le llena de gas, alcanza un tamaño varias veces superior..., pero si aumenta de tamaño, no aumenta, en cambio, el número de moléculas que forman su estructura.

—¡Caramba, es cierto! —exclamó él.

—A menos que se reviente con un pinchazo o la brasa de un cigarrillo, un globo recobra su tamaño habitual cuando pierde el gas. Pero en el caso de los animales «gigantizados», la cosa no es tan sencilla,

—A ver, explícate.

—El escorpión aumentó seis o siete veces de tamaño, pero las células de su cuerpo no aumentaron en número, sino también de tamaño, en proporción al cuerpo del que forman parte orgánica. Esto, lógicamente, debe de crear unas tensiones enormes en el organismo del animal, que no puede soportarlo y acaba por morir. Entonces, esas células, liberadas dé la tensión a que están sometidas, recobran su tamaño habitual..., y el bicho también.

Digby entornó los ojos.

—Entonces, es posible que el gatito que encontraron sobre el pecho de Egan fuese la misma ñera que lo mató —dijo.

—Seguramente, Flash.

—Y al gorila pudo sucederle lo mismo...

—Sí, señor.

—Zena, ¿qué hicieron con el cadáver de Daisy Tynn?

—Aunque sea irrespetuoso, me interesa saber mucho más lo que pasó con Leonora Halvert.

Digby se acarició el mentón.

—Quizá ello podría servimos de base para presentar una acusación contra Kell —dijo—. Pero no somos familiares de la supuesta víctima...

—Hay otra solución: la hermana de Leonora, Edith.

—Ah, tiene una hermana.

—Sí, hablé hace unos días con ella. No le conté ciertas cosas, pero sí comenté la ausencia de Leonora de nuestra fiesta anual. Edith me dijo también que se sentía muy inquieta por la falta de noticias de su hermana.

—Entonces, hablarás con ella.

—Le aconsejaré haga interrogar oficialmente al doctor Kell. De sus respuestas, como es lógico, dependerá el que Edith pida se formule una acusación en regla por asesinato.

—Está bien, es una buena idea. ¿Cuándo hablarás con ella?

—Hoy mismo. Tú debes esperar a Olga, creo.

—Sí. —Digby miró su reloj—. Dijo que vendría al mediodía.

—Ten cuidado —sonrió Zena.

—Si me pide de beber, yo alegaré una supuesta úlcera de estómago —contestó él.

—Hay cosas para las que no se necesita el alcohol.

—Ya, pero no te preocupes por mí. Sabré cuidarme.

—Y mira debajo de la cama antes de acostarte.

—Lo mismo te digo, Zena.

Guardaron silencio unos momentos. Luego, ella hizo una pregunta a su acompañante:

—Flash, ¿por qué dijiste que un discípulo de Kell se había apoderado de sus conocimientos?

—No lo afirmé, simplemente, lo insinué. Pero tú también negaste saber dónde vive.

—Me pareció mejor así —contestó ella—. Si hemos de ser sinceros, no tenemos la menor prueba de que todo esto sea cosa de Kell.

—El está en Lexton Hall. Con Olga, por supuesto. Parece que fue allí, una vez dimitido de su puesto de profesor. ¿Por qué?

—Hoy puedes tener la respuesta. Flash.

—Preguntándoselo a Olga.

—Sí. Y, en cuanto llegue a casa, yo llamaré a Edith Halvert —prometió la joven.

* * *

Olga cruzó el vestíbulo al oír el timbre de llamada y detuvo con un gesto a la sirvienta que salía de las habitaciones de servicio.

—Yo abriré, Maggie —dijo—, ¿Ha terminado ya su tarea?

—Sí, señora.

—Bien, en tal caso, puede marcharse.

—Sí, señora.

Olga abrió la puerta. Una muchacha, de unos veintidós años, estatura mediana y rostro agraciado, apareció ante sus ojos.

—¿Sí? —dijo.

—Soy Edith Halvert, señora...

—Bernson, Olga Bernson. ¿En qué puedo servirla, señorita Halvert?

—Mi hermana trabaja aquí, con el doctor Kell. Hace tiempo que carezco de noticias suyas y desearía verla.

Olga se estremeció un instante, pero sonrió al segundo siguiente.

—Pase, por favor —dijo—. Avisaré al doctor Kell...

—A mi hermana —exclamó Edith con firmeza.

—Yo hablaré con el doctor Kell. Quizá' en estos momentos no le convenga una interrupción en su trabajo. Tome asiento, se lo ruego.

Edith se sentó en un sillón, con las rodillas muy juntas y el bolso sobre el regazo. Olga se encaminó hacia una puerta, de talla historiada, abrió y desapareció de los ojos de la visitante.

Al oír el ruido de la puerta, Kell se volvió malhumoradamente.

—Olga, por todos los diablos... Tú puedes mandar en mí, pero sólo hasta cierto punto...

—Cierra la boca —contestó ella con aspereza—. Edith Halvert está ahí afuera.

En lugar de cerrarla, Kell abrió la boca desmesuradamente.

—¿Halvert? ¿Pariente de Leonora?

—Su hermana. Y debe de ser cierto, a juzgar por el parecido fisonómico.

Kell sonrió de una manera extraña.

—¿También se le parece en otros aspectos?

Olga se acercó a él y le dio una bofetada.

—No pienses en otras mujeres —dijo—. Escúchame bien; la visita de esa inoportuna muchacha puede resultarnos perjudicial.

—Le diré que... Bueno, una excusa cualquiera...

—No darás ninguna excusa. Ella ha venido aquí porque sospecha algo. Si la dejas marchar, acudirá con el cuento a la policía,

—No hay rastros, no encontrarán ninguna prueba...

—Mejor que no metan las narices aquí, Argus. Sal fuera, dile que vas a llevarla junto a Leonora y acaba con ella.

Kell se estremeció.

—Eres el mismísimo diablo, Olga —exclamó.

—Ya no puedes detenerte, Argus. Y yo quiero que lo hagas. ¡Te lo ordeno! ¿Me has entendido?

Hubo un instante de silencio. Luego, Kell volvió los ojos hacia la enorme tina, en forma de bañera, que había situada en uno de los rincones de la estancia.

—Sí, allí —dijo Olga.

La tina era mayor de lo normal en una bañera. Kell frunció el ceño.

—Necesitaré más ácido...

—Haz un pedido a tu proveedor —indicó ella—. ¿Vamos, Argus?

Kell se encogió de hombros.

—Una muerte más, ¿qué importa? —musitó.

Ella le abrazó apasionadamente.

—Yo te necesito, amor mío —murmuró—. Estás a punto de coronar tus trabajos con el mayor de los éxitos. Cuando lo hayas logrado, nos iremos del país... Viajaremos por todo el mundo..

Kell la apartó con el brazo.

—Si logro el éxito, exigiré me devuelvas lo que sabes. Pero no cuentes conmigo para satisfacer tu sensualidad.

—O dicho con otras palabras, no querrás acostarte conmigo —rió Olga.

—Exactamente.

Ella le acarició la mejilla con una mano.

—Tú vendrás a mi cama cuando yo te llame —aseguró.

Kell se acercó a la puerta, —Corre las cortinas que cubren las jaulas —

dijo.

—Está bien.

Edith se puso en pie al verle. Tras breves palabras, Kell extendió una mano y la invitó a pasar al laboratorio.

—Le ruego perdone mi tardanza...

—No tiene importancia —dijo ella fríamente.

Edith cruzó el umbral. El golpe que recibió en el cráneo le hizo perder el conocimiento instantáneamente.

Fue mucho mejor para Edith. Ni siquiera se enteró cuando dos pares de manos la introdujeron lentamente en la bañera llena de ácido.

—Pon en marcha el ventilador —ordenó Olga—. ¿Funciona bien el filtro de humos y olores?

—Por desgracia, perfectamente —contestó Kell con acento sombrío, mientras evitaba mirar el cuerpo de una joven bonita y animosa, en el que ya empezaban a apreciarse las quemaduras del ácido que acabaría por disolverla totalmente.

CAPITULO X

Al atardecer, Zena hizo una llamada telefónica.
—¿Flash?
—Sí. Eres Zena.
—En efecto. Tengo noticias para ti..., mejor dicho, carezco de noticias.
—No entiendo...
—Edith Halvert no está en Londres. Ella estaba empleada en unos grandes almacenes y, al parecer, pidió un par de días de vacaciones. Me lo ha dicho una amiga suya, con la que comparte el mismo apartamento.
—Habrá tenido que ir a alguna parte...
—Flash, temo lo peor —declaró Zena—. La amiga de Edith me ha dicho que la notaba un tanto preocupada desde hace algunos días. Aproximadamente, desde que hablamos sobre Leonora.
—Oh, entiendo,
—Edith quería mucho a Leonora, que era su hermana mayor. No tenían padres y Leonora, en cierto modo, era una especie de guía y consejero suyo. Leonora insistía para que Edith estudiase en sus horas libres, a fin de progresar. Edith siguió sus consejos y había hecho unos cursos de contabilidad... Estaba a punto de alcanzar un puesto importante en esos grandes almacenes.
—Ya. Zena, ¿qué piensas tú?
—Lo peor —repitió la joven—. Si Edith ha ido a Lex- ton Hall...
Digby se estremeció.
—Sí, es para pensar cosas horribles —murmuró.
—¿Ha venido Olga?
—No, no ha dado señales de vida en todo el día.
—Flash, ¿sabes lo que pienso?
—Quizá lo mismo que yo. Un viaje a Battingham Court.
—Por supuesto, pero también pienso otra cosa: Olga no ha venido hoy, porque ya estuvo a la madrugada..., y te dejó el escorpión.
Digby se estremeció.
—¿Crees que fue ella?
—¿No entró en tu casa una vez?
—Sí, pero...
—De algún modo, abrió la puerta de tu piso, lo mismo que hizo en el caso de Happ Wolley.
—Pudo hacerlo el doctor Kell.
—Tal vez, pero ella es su instrumento.
—O quizá sea al revés. O quizá actúen los dos de acuerdo.
—Flash, cierra tu puerta con doble vuelta de llave —recomendó Zena,
—Lo mismo te digo —sonrió él.
—De todos modos, si viniera Olga, llámame después.

—Te lo prometo.

—Y procura estar en pie a las ocho de la mañana. Mejor dicho, a las ocho, en la puerta de la calle.

—Soy adivino del pensamiento. Vamos a Lexton Hall.

—¿No te parece lo adecuado?

—Con una condición.

—Dime, Flash.

—Según lo que veamos..., dejaremos que intervenga la policía. ¿Entendido?

—Completamente de acuerdo. Hasta mañana, Flash.

Digby volvió el teléfono a la horquilla. Buscó una copa balón, puso un dedo de brandy y se sentó en el diván. De cuando en cuando, tomaba un sorbito.

¿Qué cosas tan horribles sucedían en Lexton Hall?

Ya no cabía la menor duda de que Kell era el autor de aquellos experimentos, que habían dado como resultado el aumento de tamaño de diversos animales. Pero ¿lo había hecho por sugerencia de Olga?

En un principio, las investigaciones del doctor Kell se habían encaminado hacia animales más pacíficos..., y de carne comestible. Luego había derivado hacia otros animales, cuya «gigantización», aparte del interés puramente científico, no iba a proporcionar beneficio a nadie.

—Salvo, quizá, a Olga —murmuró.

Pero ¿por qué?

Sobre la mesa tenía extendidas algunas de las fotografías del safan en el que Bernson y el hermano de Wawoo habían muerto de manera tan trágica. Una de las fotografías había sido muy bien impresionada y casi parecía hecha en un estudio cinematográfico, con los actores debidamente caracterizados y maquillados.

Olga aparecía hermosísima, aunque le resultaba imposible ocultar la expresión sensual de su rostro. El marido estaba a su lado...

—Un hombre de más de metro ochenta y cinco... una mujer que mide solamente diez centímetros menos...

Olga había sido verdaderamente alta, pero ya no lo era. Ahora, tenía la plena seguridad, medía un metro sesenta. «Y tal vez exagero», pensó.

Entonces, bruscamente, creyó haber hallado la solución.

Sólo le faltaba un dato para tener completamente descifrado el enigma. Dejó la copa a un lado, buscó la chaqueta, se la puso y salió a la calle.

* * *

Era un ejemplar magnífico. De la cabeza al extremo del abdomen, negro y amarillo, no medía menos de treinta centímetros. Las alas, que se agitaban con furiosos zumbidos, tenían la proporción adecuada.

Los ojos facetados de la bestia miraron coléricamente al ser que la tenía

encerrada en una jaula de fuerte malla de alambre. Kell se acercó, llevando en las manos un pulverizador de líquido. Lanzó un chorro de gas al interior de la jaula y la avispa zumbó todavía con más fuerza.

De pronto, sus movimientos se hicieron más lentos.

Al cabo de unos segundos, se quedó quieta casi por completo.

Entonces, Kell se puso unos gruesos guantes de cuero. Con ayuda de unas pinzas, introdujo en la jaula, por una ranura situada en la parte inferior un diminuto platito de porcelana, que situó junto al abdomen del himenóptero.

Luego tomó otras pinzas, que más parecían tenazas, y sujetó el tórax de la bestia, para evitar una reacción intempestiva. En la mano derecha tenía también un segundo par de pinzas, mucho más pequeñas, con las que presionó suavemente el final del abdomen.

El aguijón asomó ligeramente. Kell aguardó unos segundos. Al fin, una minúscula gotita de un líquido espeso, siruposo, de color rojizo oscuro, cayó sobre el platito, que retiró a continuación con infinito cuidado.

Al terminar, cerró la jaula, mediante una simple aldabilla. Se quitó los guantes. La avispa empezaba a moverse de nuevo.

Kell tomó un plato en el que había una sustancia amarillenta, semilíquida, y lo pasó por la ranura.

—Toma, te lo has ganado —sonrió.

El insecto batió sus alas, Un perfume harto conocido llegó hasta él. Su trompa se hundió en la miel.

—Vas a darte un banquete —dijo Kell.

Giró sobre sus talones y se alejó con el platito hacia el lugar en donde solía efectuar sus experimentos. Aquel minúsculo puntito oscuro era veneno de avispa.

—¿Crees que servirá para algo?

Kell se volvió rápidamente, al oír la inesperada pregunta de Olga. Ella había entrado en el laboratorio sin hacer el menor ruido.

—Al menos, debo intentarlo —contestó él.

—Veneno de avispa.

—Sí.

—Es mortífero.

—En grandes dosis, por supuesto. Adecuadamente combinado con otras sustancias, tiene grandes utilidades. Yo quiero encontrar las aplicaciones que pueden obtenerse en... en tu caso.

Olga asintió. Vestía una bata de baño, corta, y zapatillas corrientes.

—Creo que es hora —dijo.

—Sí, ven.

Olga se quitó la bata. Debajo llevaba una malla negra, muy ajustada al cuerpo, pero sin perneras. Parecía un traje de baño más bien anticuado.

Caminó hacia una pequeña plataforma, de unos cincuenta centímetros de lado y puso los pies sobre la misma. Kell bajó un listón perpendicular, estudió la marcación y dijo:

—Mil quinientos noventa y cinco milímetros.

— ¡Esto no progresa! —dijo ella, colérica.

—Eres injusta conmigo. Hace seis meses que te mantienes prácticamente al mismo nivel...

— ¡He perdido dos milímetros!

—El año anterior perdiste hasta treinta. He conseguido detener la marcha de tu enfermedad. Te has estabilizado. ¿No te parece un gran avance?

Olga rió desdeñosamente.

—¡Bonita paradoja! —exclamó—. Según tú, la estabilización es un avance. ¿Qué será, entonces, el retroceso? ¿Signos de progresión?

—Olga, eres injusta conmigo... Hay cosas que no se logran en un solo día... Debes tener paciencia...

—He tenido demasiada, Argus. Empiezo a cansarme ya. Son tres años de estar aquí encerrada, sin apenas salir, viviendo como en una cárcel... Tengo ganas de salir, divertirme, disfrutar de la vida...

—Puedes hacerlo perfectamente, querida.

—'¡No, no quiero que me vean en mi actual estado! —exclamó ella, coléricamente.

—Londres es muy grande.

—Al final, alguien me reconocería y... —El pecho de Olga se agitó tumultuosamente—. Me estoy volviendo una enana... Un día podré dormir en una caja de cerillas...

—No digas tonterías. Si no fuese por mis estudios, en estos seis meses, habrías perdido quince milímetros. Una disminución de sólo dos es un considerable avance, pese a lo que puedas pensar.

Olga se mordió los labios.

—Está bien, pero..., ¿no puedes darme una fecha, siquiera sea aproximada?

Kell hizo un gesto negativo.

—En mi trabajo, no hay fechas, ni siquiera predicciones exactas. Se adelanta un paso, se retroceden dos, hay que volver a intentarlo por otro camino... Pero ahora me parece haber encontrado el camino adecuado.

—Está bien —dijo Olga cansadamente—. Creo que es la hora de mi inyección.

—Aguarda un momento; tengo que hacer el preparado de esta muestra de veneno de avispa; de lo contrario, perderá sus propiedades.

—No te preocupes; yo puedo ponerme la inyección. —Ella lanzó una estridente carcajada—. En los últimos años he adquirido una notable práctica, me parece.

—Como quieras.

Olga se alejó unos pasos y se acercó a una mesa, en la que había una batería de jeringuillas con su aguja. De un armarito situado sobre la mesa extrajo un pequeño frasco de un líquido ambarino, casi completamente transparente.

El frasco tenía tapón de goma autosellante y contenía unos diez

centímetros de líquido. La dosis era de un centímetro cúbico.

Tras desinfectar adecuadamente el tapón del frasco, se dispuso a introducir la aguja hipodérmica a su través. De repente, se puso a pensar.

¿Y si Kell no quería curarla del todo?

Era preciso admitir que se trataba de un científico de primera magnitud, con el único inconveniente de una desmedida afición al sexo opuesto, afición que ella había tratado de complacer, por pura conveniencia. Pero también podía suceder que acabara cansándose de ella.

En los últimos tiempos, empezaba a mirarla con cierta indiferencia, Eso no le gustaba. Estrictamente, no estaba enamorada de él..., pero sentía celos cada vez que miraba a una mujer hermosa. ¿Y si un día él decidía variar de opinión..., antes de su total curación?

Haría una prueba, se dijo. En lugar de un centímetro cúbico...

El émbolo de la jeringuilla, al retirarse, aspiró cinco centímetros. Una vez alcanzada la medida, Olga miró de reojo hacia Kell.

Estaba muy ocupado y ni siquiera se daba cuenta de su presencia en el laboratorio. Tomó un algodón empapado en alcohol, limpió la piel en el lado externo de su muslo izquierdo y hundió la aguja sin vacilar.

—Ya está —dijo, segundos más tarde.

Kell contestó con un gruñido. Olga, satisfecha, tiró la jeringuilla usada a un cubo de la basura. Buscó la bata, se la puso y salió del laboratorio, encaminándose a su dormitorio, para cambiarse de ropa.

En el dormitorio se quitó la bata y la malla. Buscó un sujetador y unos pantaloncitos y se los puso. Entonces empezó a sentir sueño.

Siempre se sentía un tanto embotada después de cada inyección, por lo que no concedió importancia a! hecho. Consiguió ponerse un vestido floreado y luego se tendió en la cama.

A los pocos minutos, dormía profundamente.

CAPITULO XI

El coche se detuvo a cierta distancia de Lexton Hall, en una eminencia desde la cual se divisaba una buena parte de la propiedad.

La casa era grande, de tejado picudo, con chimeneas y buhardillas. Tenía planta y primer piso. Había sido construida con un estilo pretendidamente antiguo, con vigas a la vista. El parque estaba muy descuidado, salvo un trozo de jardín en las inmediaciones de la casa.

Había bastantes árboles, esparcidos de una manera irregular. Un leve hililllo de humo salía de una de las chimeneas.

—No parece que se cuiden mucho del aspecto exterior de la casa —comentó Zena.

—Esta propiedad les interesa únicamente por su situación. Aislada, solitaria en la zona, a cuatro millas del centro habitado más próximo..., muy poco habitado por cierto —dijo Digby, aludiendo a la escasa población de Battingham Court—. En el caso de esos dos personajes, ¿qué más podían desear? Para ellos es el lugar ideal, convéncete.

—Para otros, no lo fue tanto —contestó Zena.

Pensaba en Daisy Tynn, en Leonora y..., ¿qué le había sucedido a Edith?

De pronto, oyeron el sonido de un claxon.

Volvieron la cabeza al unísono. Detrás de ellos, una camioneta aparecía parada. El conductor agitaba la mano.

—Estamos cerrándole el paso —dijo Digby.

Zena arrancó y apartó el coche fuera del estrecho camino. La camioneta arrancó. En los costados de la cabina leyeron el nombre de una empresa de productos químicos. Sobre la plataforma de carga, debidamente acomodado, se veía un gran cilindro de metal. Era evidente que el líquido que transportaba no precisaba de un camión cisterna.

De pronto, cuando la camioneta había recorrido unos cincuenta metros, se oyó un fuerte estampido.

Zena lanzó un grito de susto. Digby tranquilizó a la muchacha.

—No te preocupes; ha sido un reventón —dijo.

Abrió la portezuela.

—Voy a ayudar a ese hombre.

El conductor de la camioneta se había apeado y contemplaba la rueda deshinchada con cara de mal humor. Digby llegó a su lado y sonrió.

—Mala suerte —dijo.

—Tacañería, es la palabra exacta —contestó el individuo—. Hace más de dos meses que vengo pidiendo un par de ruedas nuevas para este maldito trasto... Aún no sé siquiera cómo cometieron el despilfarro de comprar una rueda de repuesto...

Digby se echó a reír.

—Le ayudaré —se ofreció, a la vez que empezaba a quitarse la chaqueta.

Zena llegaba en aquel momento. El conductor pareció sentirse un poco mejor.

—Me llamo Tom Fallón —se presentó.

—Yo soy Henry. Ella es Zena, una amiga —dijo el joven.

Digby pensó que lo mejor era no dar los nombres completos. Incluso evitó mencionar el apodo familiar con que era conocido. Zena aprobó mentalmente su decisión.

—¿Qué tal, señor Fallón? —dijo.

—Llámenme Tom, simplemente —contestó el hombre.

—Tendremos que cambiar la rueda sin quitar la carga —dijo el joven, mientras contemplaba el enorme recipiente de acero.

—No podríamos hacerlo. Ese cubo está lleno de ácido —declaró Fallón.

—¿Acido? —repitió Digby.

—Sí, eso he dicho. Es para Lexton Hall.

—Mucho ácido, me parece, amigo.

Fallón se encogió de hombros.

—Un par de metros cúbicos —declaró.

Examinó los frenos y los calzos y se dispuso a manejar el gato. Digby se situó a su lado.

—Ese ácido es para el doctor Kell —agregó Fallón, sin necesidad de que los dos jóvenes le hicieran más preguntas—, Creo que lo usa para sus experimentos.

—Ah, hace experimentos —dijo Digby.

—Sí, con animales... Me dan pena esos pobres bichos. Más de una vez, he pensado en denunciarlo a la Sociedad Antiviviseccionista...

—Eso era antes, Tom —sonrió el joven—. Ahora se anestesia a los animales antes de usar el bisturí.

—Sí, pero tienen que despertarse un momento u otro y entonces deben padecer los mil tormentos del infierno. Y, para finalizar, ¡plaf!, a la tina de ácido. Allí se disuelven sus cuerpos y no queda una uña siquiera,

Zena sintió un escalofrío al oír aquellas palabras. Miró a Digby.

Los ojos del joven estaban fijos en los suyos. Ambos pensaban de la misma manera.

Daisy y Leonora y Edith..., y quién sabía cuántas personas más, ¿habían acabado en la tina de ácido que, disolviendo absolutamente sus cuerpos, borraba por completo las huellas de unos horribles crímenes?

Al cabo de un rato, quedó reparada la avería. Fallón agradeció cordialmente la ayuda, se despidió de la pareja y subió a la cabina de la camioneta, que arrancó de inmediato.

Unos minutos después, la vieron entrar en el recinto del parque. Zena se sentía muy angustiada.

—Flash, ¿crees que debemos llamar a la policía? —consultó.

—Por el momento, no —contestó él.

—Pero Edith, tal vez...

—Si Edith vino aquí, como parece muy posible, ya no podemos hacer nada. Procura ser fuerte..., pero yo pienso que el ácido que transporta Fallón en su camioneta servirá para sustituir al que ya se utilizó hace un par de días y que, lógicamente, habrá sido enviado a través de un desagüe, acompañado de una buena cantidad de agua.

Zena sintió náuseas.

—En ese líquido, iría el cuerpo disuelto de Edith... ¡Pero quedan cosas que el ácido no puede disolver, Flash! Botones metálicos, tal vez alguna pieza de la dentadura, reforzada con metal...

—Todo lo que no fue disuelto por el ácido, estará bien guardado en alguna parte..., acaso enterrado en algún lugar de ese enorme parque o quizá muy lejos de aquí —respondió él sombríamente—. De todos modos, pienso que no podemos hacer ya nada por la pobre Edith y mucho menos por Leonora y Daisy.

De pronto, se volvió hacia la joven.

—¿Tienes una manta en el coche?

—Sí —contestó ella, sorprendida—. En el maletero...

—Sácala. Vamos a esperar el regreso de Fallón.

Una hora más tarde, vieron la camioneta que remontaba la cuesta sin dificultad. Fallón divisó a la pareja, recostados sobre la manta que habían extendido en la hierba, y agitó un brazo en señal de saludo.

Fallón meneó la cabeza. Encendió la radio del cuadro de mandos y comentó a media voz:

—Algunos tipos tienen la suerte por toneladas. ¡Vaya hembra! ¡Lo que van a disfrutar... sobre la manta!

Lanzó una alegre carcajada y añadió:

—El mundo es de los jóvenes; sí, señor.

Y luego se puso de mal humor, pero no por envidia de la pareja, sino porque pensaba en las discusiones que tendría con su jefe a causa del neumático reventado.

* * *

Un ligero chasquido despertó a Olga. Pasaron algunos segundos antes de que se diera cuenta de que el ruido, apenas perceptible por otra parte, procedía de una de sus articulaciones.

Sin embargo, no le concedió atención al incidente. Sentíase un poco embotada, pero el aturdimiento desapareció con rapidez. Al cabo de unos momentos, pudo ponerse en pie.

Fue al baño y se humedeció el rostro con agua fría. Satisfecha, se pasó una mano por la cara. Todavía no necesitaba abusar de los maquillajes; su piel era tersa y suave como la de una jovencita. Claro que ya no lo era, pero, en cambio, poseía una vasta experiencia amo-rosa. Lo uno por lo otro, pensó.

Sentíase mucho mejor, más ágil, con la mente más lúcida. Al cabo de unos

momentos, salió del baño.

Entonces, al pasar por delante de un espejo de cuerpo entero, se vio a sí misma.

Frunció el ceño. Aquel vestido floreado se le había quedado corto. Aunque poseía unas hermosas piernas, no era, sin embargo, aficionada a las faldas demasiado cortas. Al menos, en los últimos tiempos, aunque, de todos modos, siempre había sido más partidaria de los vestidos largos y ostentosos y los pantalones, según las ocasiones.

Pero ahora, aquel vestido tan corto... El borde de la falda quedaba al menos a diez o doce centímetros de las rodillas.

De repente, comprendió los motivos del acortamiento del vestido. La tela no había encogido. Era ella... que había aumentado nuevamente su estatura.

Un estridente grito de alegría escapó de su garganta. Buscó unos zapatos de tacón bajo, se los puso precipitadamente y corrió, ebria de alegría, hacia la planta baja.

Abrió de golpe la puerta del laboratorio.

—¡Argus! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Kell estaba sentado ante una mesa, con los ojos puestos en un microscopio, y volvió la cabeza, alarmado. Lo único que vio fue a Olga, que parecía enormemente contenta.

—¿Sucede algo?

—¡Mírame! —pidió ella—. ¿No me encuentras nada distinto?

Kell entornó los ojos.

—El vestido..., parece corto... A ti no te gustan los vestidos cortos —respondió.

Ella avanzó unos cuantos pasos.

—Pero ¿es que no te das cuenta? Mírame bien, hombre. Yo no he acortado la falda de este vestido —dijo.

Kell guardó silencio. Estaba sumido en una profunda concentración. De repente, sospechó la verdad.

—Te has puesto la inyección tú misma —dijo.

—Sí. Tú me lo indicaste, si no recuerdo mal.

Kell abandonó el taburete y fue al armarito, donde se guardaba el frasco con la droga. Lo sacó, sujetándolo con dos dedos, y lo contempló al trasluz.

—Olga, dime: ¿qué cantidad de líquido te has inyectado? —preguntó.

—Cinco centímetros cúbicos. Y he crecido lo menos diez, durante una hora de sueño.

—Estás loca, loca...

Ella avanzó unos pasos, orgullosa, desafiante.

—Me estabas engañando. Podías curarme con más rapidez y demorabas ese momento, sólo para continuar con tus malditos experimentos... Oh, gallinas y ovejas más grandes... ¿Quién diablos piensa en gallinas y ovejas?

Súbitamente, Olga se sacó el vestido por encima de la cabeza. El sujetador y los pantaloncitos de encaje cayeron revoloteando al suelo. Orgullosa de sí

misma, extendió los brazos.

—¡Mírame! ¿No me encuentras más bella y deseable que nunca? Vuelvo a ser la que era...

Kell tenía la boca abierta. Sentíase incapaz de articular una sola palabra. De pronto, ella echó a correr. Llegó al tallador, sacudió los zapatos y se subió a la plataforma. Con el brazo derecho, bajó el listón horizontal y lo sujetó con el tornillo de fijación. Luego se volvió.

—¡Ciento setenta y dos centímetros y medio! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Giró en redondo y miró al científico. Sonreía de un modo extraño. Era una expresión de suprema lascivia la que aparecía en su rostro.

Lentamente, avanzó hacia Kell, que parecía una estatua.

—A pesar de todo, te amo —dijo.

—Olga, no...

Ella le abrazó frenéticamente.

—Vuelvo a ser la que era —murmuró con voz llena del fuego de la pasión —. Ámame, Argus, ámame...

—Olga, estás loca. Tú no sabes...

La boca de la mujer le impidió seguir hablando. Olga buscaba sus caricias, le mordía, parecía un vampiro que fuese a chuparle la sangre.

Kell era hombre y, además, apasionado. Tal vez, pensó, Olga había dado con la fórmula definitiva, la que él no se había atrevido a utilizar por precaución.

Cedió, se rindió totalmente. Era fuerte y levantó a la mujer en sus brazos sin dificultad. Salieron del laboratorio y se encaminaron al piso superior.

Más tarde, encendieron un mismo cigarrillo, cuyo humo aspiraron por tumo. Olga dijo:

—Dejaremos pasar un par de días solamente, querido. Sólo quiero que observes los efectos durante este corto plazo. Después..., nos marcharemos. Estoy harta de vivir en Lexton Hall... Quiero vivir, gozar, disfrutar...

Lanzó una ruidosa carcajada.

—Richard era un hombre muy previsor y un águila para los negocios. Dejó una gran fortuna, sólidamente colocada... No pasaremos apuros económicos, ya lo verás...

De pronto, sufrió un ligero estremecimiento, como provocado por un escalofrío. Se echó a reír.

—Tendré que comprarme ropas nuevas —dijo—. Todo lo que tengo me estará pequeño...

Kell se levantó de la cama y empezó a vestirse.

—Voy al laboratorio —anunció—. Baja en cuanto puedas; quiero tomar una muestra de tu sangre, para un análisis rutinario.

—Está bien.

Olga fumó aún un segundo cigarrillo. Cuando fue a vestirse, observó que ninguna de las prendas de su equipo le servía ya. Tuvo que ponerse una bata

de baño, sobre el cuerpo desnudo.

Bajó, descalza, a la planta inferior. Ya no le entraban en los pies ninguno de sus pares de zapatos. Tendría que pedir unos pares a la tienda del pueblo, pensó, en el momento en que llamaban a la puerta.

CAPITULO XII

—Creo que nos conocemos, Olga —dijo Digby—. Si me permites, te presentaré a la señorita Regmore. Zena, ella es la señora Bernson.

—¿Cómo está, señora Bernson? —dijo la muchacha,

Olga miró, sucesivamente, a los dos visitantes.

—¿Qué quieres, Flash? —inquirió.

—¿Vamos a hablar en la puerta?

—Está bien, entren.

De pronto, Zena se volvió hacia el joven.

—Flash, ésta no es... —empezó a decir.

—¿Por qué? La conozco bien...

—Tú dijiste que la señora Bernson era una mujer que medía un metro sesenta. Mírala, está descalza y resulta aún más alta que yo, y llevo tacones de cuatro centímetros.

Digby contempló, estupefacto, a la hermosa mujer que tenía ante sus ojos. Olga sonreía, satisfecha.

—Estuve enferma, pero el doctor Kell me ha curado —dijo.

Digby se sentía aturdido. ¿Era posible que aquella mujer, en tan pocas semanas, hubiese podido aumentar su estatura veinte centímetros?, se preguntó.

—Flash, me gustaría tuvieses la bondad de explicarme los motivos de tu visita —solicitó Olga.

—Deseo hablar con el doctor Kell...

—Está ocupado.

—Llámalo, por favor.

—¿Por qué no me dices a mí lo que te preocupa?

—Flash, díselo de una vez —terció Zena—. Ella tiene que saber también lo que ha pasado aquí.

—Se trata de Leonora Halvert, Olga —dijo Digby.

—Ah, se marchó —contestó, indiferentemente, la señora Bernson.

—Su hermana vino a visitarles, señora —dijo Zena.

—No conozco a ninguna hermana de la señorita Halvert —replicó Olga, sin abandonar su expresión de frialdad.

—¿Tampoco conoce a Daisy Tynn?

—¿Ni a Happ Wolley? —añadió Digby.

—¿Quiénes son esas personas?

—A Wolley le mató una araña gigante. Yo estuve a punto de morir, picado por un escorpión que no medía menos de setenta centímetros de largo.

Olga se echó a reír.

—Flash, tienes una imaginación portentosa..., pero los que tienen demasiada imaginación, acaban en manos del psiquiatra... —contestó.

—Algunos acaban peor todavía. Por ejemplo, Edith Halvert. Quizá terminó

disuelta en ácido.

Olga acusó el golpe y Digby lo supo por la expresión de su cara.

—A mí me drogaste, para hacerme olvidar que existía un lugar llamado Lexton Hall — prosiguió diciendo el joven—, ¿También tú tomas drogas?

De pronto, Olga se estremeció bruscamente. Durante una fracción de segundo, Zena creyó ver borrosos los contornos de su cara. Pero ella recobró su aspecto habitual casi de inmediato. Sin embargo, Zena apreció algo extraño en la hermosa dueña de la casa.

Incluso le parecía más alta que a la llegada...

Olga reaccionó.

—¿Quieren seguirme? —invitó—. Les presentaré al doctor Kell.

—Será un placer —accedió Digby—. Vamos, Zena.

Olga echó a andar delante de ellos. Digby parpadeó.

Si aquella mujer no medía ahora más de un metro ochenta, era que necesitaba visitar al oculista, pensó. Ella abrió la puerta del laboratorio y anunció:

—Argus, tenemos visitantes.

* * *

Kell se volvió hacia la puerta y contempló escrutadoramente a la pareja, Digby captó inmediatamente el húmedo calor que reinaba en el laboratorio, así como los extraños olores que flotaban en el ambiente.

De pronto, oyó un furioso zumbido. Al mirar en la dirección de donde procedía el sonido, vio la avispa gigante.

Zena la vio también y sintió un escalofrío de horror. Aquel insecto había sido aumentado artificialmente decenas de veces...

—Flash Digby y la señorita Regmore —añadió Olga—. Les presento al doctor Kell.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó cortésmente el aludido.

Zena dio un paso hacia adelante.

—Deseamos saber noticias de Leonora Halvert —dijo.

—Lo siento. Se despidió. No sé nada de ella.

Digby vio al fondo una enorme tina rectangular, llena de un líquido del que se desprendían tenues vapores.

—Quizá se marchó por el desagüe de esa tina —dijo—. Lo mismo que su hermana Edith..., y lo mismo que lo que quedó de Daisy Tynn, después de que un gorila «gigantizado» accidentalmente, se diera un banquete con aquella pobre mujer. ¿Volvió el simio gigante a ser un mico después?

El rostro de Kell se contorsionó de furia.

—Lo saben todo —dijo.

—Incluso su «lío» con una muchacha de diecisiete años, llamada Ellen Owetson, a la cual violó hace años. El novio apareció en un canal y se le acusó a usted de su muerte, aunque pudo probar una coartada—. Digby se

volvió hacia Olga—. ¿Declaraste ante el juez que, a la hora en que el chico había muerto, Kell estaba contigo?

Ella asintió. De nuevo volvió a estremecerse.

—Tal vez por eso le hiciste venir aquí, forzándole a que experimentase para curar una dolencia inexplicable —continuó el joven—. Una enfermedad consistente en una progresiva disminución de tamaño. ¿Me equivoco?

—Tres centímetros anuales —dijo Olga roncamente—. En cinco años, había bajado de uno setenta y cinco a uno sesenta.

—Wawoo dijo que no merecías morir tan rápidamente como tu esposo.

Olga abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Cómo lo sabes? —gritó.

—Wawoo vino a verme y me lo contó todo...

—¡El mató a mi esposo!

—Tu marido había asesinado a su hermano, y conoces sobradamente los hechos, para explicarlos ahora. En realidad, fuiste la culpable de todo lo que ocurrió durante el safari. Wawoo decidió castigarte a su modo.

Ella se enderezó orgullosamente.

—Sí, tal vez Wawoo empleó en mí sus trucos de magia negra, pero no le han servido de nada —contestó—. Esa magia barata no puede nada contra la ciencia verdadera. ¿O no lo estás viendo?

Digby contempló a la mujer con ojos críticos.

—Tú temías que llegase este momento. Por eso dejaste en mi casa un escorpión gigante.

—Es curioso. ¿Cómo no te atacó?

—Lo tuve sobre mi pecho. Una de sus pinzas rozó algo que me había dejado Wawoo como protección y el animal se retiró. Instantes después, se redujo bruscamente de tamaño y murió.

Olga contempló atónita el aro de madera que, pendiente del cuello, sostenía en alto Digby con dos dedos.

—Eso... ¿paró el ataque del escorpión?

—Por increíble que te parezca, así fue. Wolley no tuvo tanta suerte; a él sí le picó la araña gigante.

—Nadie puede demostrar que fue una araña...

—Te equivocas. Al forense le intrigó mucho el caso y no digamos al sargento que investigaba el supuesto asesinato. La araña está ahora en unos laboratorios. Se han obtenido moldes de yeso de las heridas de Wolley y corresponden exactamente con el tamaño de los artejos del arácnido, en su estado gigante. ¿También tenías miedo de Wolley?

Olga se pasó una mano por la frente.

—Eso no importa ahora demasiado —contestó.

Digby se volvió hacia el científico.

—Doctor, ¿qué le ha dado usted a la señora Bernson?

Kell se mordió los labios.

—Temo que haya cometido una imprudencia —murmuró.

—¡No! —gritó Olga descompuestamente—. Yo iba a morir, perdiendo estatura gradualmente... No hubiera durado cinco años más... El encontró la droga que contrarrestaba el hechizo de Wawoo, pero no quería aplicármela con rapidez, a fin de continuar con sus malditos experimentos... Oh, tenía que hacer más grandes las vacas y las gallinas y las ovejas...

—Yo le inyectaba un centímetro cúbico de mi preparado cada determinado periodo de tiempo —dijo Kell un tanto tristemente—. A decir verdad, había logrado un notable éxito. En los últimos seis meses, había perdido solamente dos milímetros de estatura. En el período anterior, había disminuido centímetro y medio. Cierto que, en comparación con su aspecto normal, medía quince centímetros menos, pero era razonable suponer que acabaría por estabilizarse y cesar la pérdida de estatura. Sin embargo...

—¿Qué, doctor?

Kell meneó la cabeza.

—Es cierto —murmuró pesarosamente—. Aquella pobre muchacha... Se lo dijo a su novio y éste vino a buscarme. Le maté y lancé su cuerpo a uno de los canales del Támesis... Olga me protegió, por puro egoísmo... Pero, en alguna parte guardaba una confesión mía, por escrito, con la que me presionaba para que trabajase exclusivamente para ella.

—Tenía derecho a hacerlo —exclamó Olga con altivez—. Yo le salvé de una condena perpetua. De alguna manera tenía que cobrarme, sobre todo, si tenemos en cuenta el dinero que me he gastado en él y en sus investigaciones.

—Y en el gorila y en el gato que mató a Egan... ¿Se escapó de la casa? —preguntó Digby.

—Fue un accidente, como lo del gorila... Pero a Leonora la mató una rata. ¡Ella la soltó por celos! —acusó Kell, señalando a Olga con el índice.

—Leonora era una muchacha muy sensata y ponderada. No creo que usted fuese su tipo —dijo Zena.

—Iba a espiarla todas las noches, cuando se desnudaba —rió Olga—. Luego venía a mí, para saciar sus ardores eróticos... Cuando me tenía en sus brazos, pensaba en Leonora...

Olga sufrió una nueva convulsión. Aterrado, Digby la vio crecer de golpe cinco centímetros.

Ella medía ya dos metros. El cuerpo había crecido igualmente en proporción. Una de las costuras de su bata crujió audiblemente.

—Ha cometido una terrible imprudencia y se ha inyectado de golpe la dosis correspondiente a diez semanas —dijo Kell.

Olga retrocedió. Zena la contemplaba con ojos llenos de estupor.

—Me duele todo el cuerpo —se quejó Olga.

Volvió a crecer y a ensancharse por la cintura, por las caderas, por el pecho... Ahora, el crecimiento era perfectamente visible, como si fuese un enorme muñeco de goma, que alguien estuviese hinchando con aire.

Kell reaccionó con decisión.

—¡Es preciso hacer algo! —exclamó—. Debo detener ese proceso de

crecimiento o morirá de una manera horrible...

Gritos inarticulados de dolor escapaban de la garganta de Olga, cuyo tamaño alcanzaba ya los doscientos treinta centímetros de estatura. Kell avanzó unos cuantos pasos.

Digby y la muchacha se sentían horrorizados. Olga se había convertido en una auténtica gigante, una mujer monstruosa que horripilaba, pese a la belleza de su rostro.

De repente, la bata estalló en pedazos, incapaz de contener la presión de un cuerpo que aumentaba de tamaño vertiginosamente. Olga lanzó un alarido desgarrador.

Giró un cuarto de vuelta y se apoyó en algo. Kell estaba a dos pasos de distancia.

—Argus..., ayúdame... —jadeó, a la vez que se desplomaba al suelo.

Súbitamente, se oyó un terrible zumbido. Olga había abierto involuntariamente la jaula donde estaba la avispa gigante y el insecto se lanzó fuera, batiendo sus alas con verdadero furor.

Digby, aterrado, tiró de la muchacha hacia la puerta. Kell intentó escapar.

La avispa se lanzó sobre él. Durante una fracción de segundo, Digby tuvo la visión de un aguijón colosal, de casi diez centímetros de largo, terminado en una punta en arpón... Las patas de la avispa se apoyaron en la cabeza de Kell.

El aguijón se hundió en su cuello. Se oyó un alarido horripilante.

Kell cayó al suelo, debatiéndose en espantosas convulsiones. La avispa levantó el vuelo un par de metros, pero cayó pesadamente al suelo.

Digby empujó a la muchacha hacia la puerta del laboratorio.

—¡Llama a Battingham Court.. Pide ayuda! —exclamó.

Zena echó a correr. Digby dio unos pasos hacia adelante, con un taburete en las manos, para protegerse de un eventual ataque del insecto.

Pero la avispa, muerta, disminuía rápidamente de tamaño.

Olga también se empequeñecía. Ya había dejado de moverse.

Digby soltó el taburete y meneó la cabeza. El cuerpo de Kell empezaba a hincharse, horriblemente ennegrecido. Pero era a causa del veneno infiltrado en su sangre por el tremendo aguijón del himenóptero.

Zena volvió minutos más tarde.

—Vendrán socorros en seguida —dijo.

Digby asintió. Contempló a Olga.

Yacía inmóvil, reducida a unas dimensiones ridículas..., casi parecía una muñeca destinada a una niña de pocos años.

Habría mucho que explicar..., y no lo creería casi nadie. El doctor Bradhill, sin embargo, podría ayudarles mucho y extraer valiosas enseñanzas de las investigaciones de Kell.

* * *

Zena abrió la puerta al oír el timbre y sonrió al ver en el aire un enorme ramo de rosas.

—Felicidades —dijo el portador del ramo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por tu doctorado, en primer lugar.

—Gracias, ahora me siento muy contenta —contestó Zena—, Has tenido un detalle realmente conmovedor.

—Bueno, el ramo se otorga con un triple motivo.

Zena, abrazada a las flores, miró a Digby inquisitivamente.

—¿Cuál es el segundo motivo?

—Mi libro. Lo he terminado, ha sido aceptado y se le augura un éxito considerable.

—Te felicito, Flash. Pero, dime, ¿cuál es el tercer motivo?

—La inclusión de mi nombre en la lista de pretendientes. ¿Qué lugar ocupo ahora?

Ella se echó a reír.

—Voy a colocar las flores —eludió una respuesta concreta.

—Si no te importa, me pondré una copa.

—Que sean dos —indicó Zena—. De champaña. Hay una botella en la nevera. Pero sólo tomaré una copa; tengo que conducir.

—Ah, perfectamente. Dime, Zena, ¿crees que podrán aprovecharse algunas de las investigaciones del doctor Kell? —preguntó él, desde la cocina.

—Sin duda alguna. Pueden resultar de mucha utilidad...

—Sí, en el aumento de tamaño de las ovejas. ¡Pero, para comer oveja gigante, prefiero la ternera!

—Eres incorregible —dijo Zena, riendo.

—Práctico, mejor dicho —puntualizó él, mientras forcejeaba con el alambre del precio de la botella—, Zena, ¿sabes?, he estado pensando una cosa.

—¿Sí?

—He pensado en Kell, a fin de cuentas, un hombre desgraciado, víctima de sus propias pasiones..., y de una mujer sin escrúpulos. Realmente, no se puede decir el diabólico doctor Kell, sino la diabólica señora Bern- son.

Zena calló un instante. Recordaba la horrible muerte de aquellas dos personas..., pero también pensaba en otros seres inocentes, muertos de forma aún más espantosa. Daisy, Leonora, su hermana, Wolley...

En la cocina sonó un taponazo. Digby salió, con dos copas en la mano.

—Toma —dijo.

Zena sonrió. Alzó su copa.

—Este brindis tiene un motivo muy particular —dijo.

—¿Sí?

—Te he incluido en el primer lugar de mi lista de pretendientes.

—Oh, magnífico. Y, dime, ¿cuánto tengo que esperar?

Los ojos de Zena chispearon maliciosamente. Con las yemas de sus dedos

acarició el amuleto que el joven llevaba todavía pendiente de su cuello. Sí, quizá Wawoo había tenido razón. De una forma u otra, Digby había sido el instrumento de su venganza.

—Zena...

—Perdón, cariño.

—¡Eh, has dicho cariño! —exclamó Digby, maravillado.

—Claro, eres el número uno de mis pretendientes. Y, a propósito, ¿sabes por qué no vamos a beber más champaña?

—Has dicho que ibas a conducir... ¿Adónde vas?

—No voy, vamos. Quiero presentar a mis padres al número uno de mis pretendientes. Creo que es lógico que deseen conocer a su futuro yerno, ¿no?

Digby dejó la copa a un lado y se apoderó del brazo de la muchacha.

—Vamos —dijo—. Estoy ansioso por pedir tu mano. —Dirán que sí, seguro.

—No me cabe la menor duda —contestó él.

FIN